3 1761 09546552 2

LA FIERA

Es propiedad. Queda hecho el depósito que marca la ley. Serán furtivos los ejemplares que no lleven el sello del autor.

MADRID.—Est. tip. de los Hijos de Tello. Carrera de San Francisco, 4.

Ls
P4387fi

LA FIERA

DRAMA EN TRES ACTOS

POR

B. PÉREZ GALDÓS

Estrenóse en el TEATRO DE LA COMEDIA la noche del 23 de Diciembre de 1896.

TERCERA EDICIÓN

443371
16. 4. 30

MADRID
LIBRERÍA DE LOS SUCESORES DE HERNANDO
Calle del Arenal, núm. 11

1920

PERSONAJES	ACTORES
SUSANA, Baronesa de Celis, sobrina del Marqués de Tremp	Srta. Cobeña.
DOÑA MONSA, Marquesa de Tremp	» Cancio.
DOÑA SATURNA, hermana del Marqués	Sra. Fernández.
BERENGUER	Sr. Thuillier.
DON JUAN, hijo del Marqués de Tremp, jefe de realistas y Gobernador de la plaza	Sr. Cuevas.
SAN VALERIO	» Vallés.
FABRICIO	» Valentín.
BONAIRE	» Balaguer.
EL MARQUÉS DE TREMP, Regente	» Altarriba.
MAGÍN, soldado realista	» Moreno.
CASTELL, oficial realista	» Claria.
BONALD, oficial realista	» Ruiz Tatay.
BLASA, criada	Srta. Palma.

La acción en Urgel, 1822.

Nota. Lo indicado con este signo ▣, se suprime en la representación con objeto de abreviarla.

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie sin su permiso podrá traducirla, ni reimprimirla en España, ni en ninguno de los países con los cuales haya celebrados ó se celebren tratados internacionales de propiedad literaria.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

ACTO PRIMERO

Salón de planta baja en la residencia del Marqués de Tremp. A la izquierda, una puerta y gran chimenea gótica, encendida con gruesos troncos. A la derecha, puerta que conduce á las habitaciones interiores. Al fondo, puerta grande con forillo, comunicación con otras salas, patio, esplanada y calles. Decorado severo y antiguo. Mesas y sillas de nogal. Una alacena. Es de día.

(Derecha é izquierda se entiende del espectador.)

ESCENA PRIMERA

DON JUAN, á la derecha, despachando con CASTELL; MAGÍN, que acaba de llegar; á la izquierda, DOÑA MONSA, sentada, devanando una madeja que sostiene BONAIRE; junto á ella, DOÑA SATURNA, leyendo cartas que va metiendo en su ridículo.

JUAN. (A Magín.) ¿Qué ocurre?

MAGIN. Romagosa ha dado un achuchón al regimiento de Mallorca, de la columna de Zorraquín, matándole seis hombres y cogiéndole catorce prisioneros.

JUAN. ¿Dónde?

MAGIN. Hacia Bellver.

JUAN. ¿Qué más?

MAGIN. El Trapense ha destrozado la columna de Rotten.

JUAN. Bien.

MONSA. Ese es el hombre, fray Antonio Marañón,

nuestro bendito guerrillero, defensor del trono y de la fe.

BONAIRE. ¡Viva el Trapense!

MONSA. Juicio, señor Bonaire. Con su entusiasmo ha enredado la madeja.

SATURNA. Y con sus chillidos no me deja leer.

BONAIRE. (Tratando de desenredar la madeja.) Señoras, no es para incomodarse. ¡Viva el Rey absoluto!

MONSA. ¡Adulón! (Se levanta para arreglar la madeja.)

JUAN. (Al Oficial, que se levanta.) Que salgan al instante los refuerzos que enviamos a Misas.

CASTELL. (Saludando.) Mi General... (Vase.)

JUAN. (A Magín.) ¿Y tú...?

MAGIN. ¿Me vuelvo á la facción?

JUAN. Sí.

MONSA. ¡Pobre Magín! Déjale descansar siquiera un día. En casa le necesitamos.

MAGIN. Quiere la señora doña Susanita que aliste la litera para salir de paseo.

JUAN. Es verdad. Puedes quedarte hoy.

MAGIN. Con permiso... (Vase. Don Juan, silencioso, se sienta y examina un plano.)

BONAIRE. Ya está deshecho el nudo. Adelante... No desharán tan fácilmente las tropas de Mina el que le han armado nuestros guerrilleros en este laberinto de montañas.

MONSA. En la montaña y en el llano, Dios bendecirá las tropas de los leales.

BONAIRE. Amén. (Declamatorio.) Y hará suya la causa de la Regencia, constituída en esta gloriosa ciudad de Urgell, para arrancar á España de las uñas de toda esa tanda masónica, comunera y democratizante. ¡Muera la libertad!...

SATURNA. (Imponiendo silencio.) ¡Ss!...

MONSA. (A Saturna.) ¿Qué noticias hay?

SATURNA. Excelentes. La duquesa de Montmorency me dice que monsieur de Villéle se va convenciendo de la necesidad de la intervención. (A don Juan.) ¿Y qué? Ese fantasmón de Mina, ¿avanza?

JUAN. Trata de penetrar en la Cerdaña.

SATURNA. ¿Estaremos seguros?

JUAN. ¡Oh, sí!... Puede usted escribir á sus amigos de la corte de Francia que la Regencia y sus guerrilleros indomables sabrán redimir á la nación y devolver al Rey sus fueros, su autoridad sagrada.

MONSA. Muy bien. (Terminada de ovillar la madeja, Bonaire se ocupa en ordenar los ovillos en una cesta.)

SATURNA. La Regencia está reunida, según creo.

MONSA. Dos horas llevan ya deliberando.

SATURNA. ¡Y que no saldrán buenas cosas de aquellas tres grandes cabezas!

BONAIRE. La primerita, el gallito como quien dice, mi señor Marqués de Tremp.

MONSA. De mi esposo nada he de decir, pues no es bien que yo le alabe...

SATURNA. Pues ¿y el Arzobispo? ¿Y dónde me dejas al Barón, con aquel pico de oro?

JUAN. ¡Ah!... Pero más que el discernimiento sutil importan hoy el valor rudo, la ira santa, perseguir al democratismo en sus últimas guaridas, despedazarlo sin compasión...

MONSA. Hijo, no tanto.

SATURNA. Aprenda el señor Bonaire.

BONAIRE. (Que está recogiendo la labor de las señoras y poniéndola en una cestita.) ¡Ay! en punto á valor, nada tengo que aprender, mi señora doña Saturna. (Se ríen.) No es cosa de risa. Soy el hombre más intrépido de la cristiandad, porque soy el más des-

dichado. Salí de mi casa de Barcelona resuelto á quitarme la vida, poniendo fin á mis horribles desgracias...

MONSA. No; no repita usted la historia.

BONAIRE. Bueno. Pues cuando ya estaba á dos dedos de la muerte, disponiéndome á tirarme por un despeñadero, reflexioné y dije: «Pues más práctico y más cristiano, sí, señoras, más cristiano será ponerme á que me mate una bala de esas condenadas tropas liberales...» Y héteme aquí guerrillero de la santa causa con este soberbio uniforme cogido al enemigo. He tenido la suerte de caer en la Seo con la bendición, y el señor General lo mismo me ocupa en menesteres de la Intendencia, que me manda á batir el cobre á la facción. Y trabajando á pelo y á pluma, cuando no peleo allá, hago pasteles aquí, y guiso, y peino á las señoras, y el señor Regente y el señor Arzobispo me encargan mil diligencias...

SATURNA. No estará usted descontento.

BONAIRE. No, señora. Pero no renuncio al suicidio, digo, á la muerte. ¡Ah! mis infortunios son tan atroces, que no hay lengua que los pueda contar. Verán: la muy perra de mi mujer y mis dos suegras, porque tengo dos, la madre de mi primera mujer y la de...

MONSA. Sí, ya sabemos...

BONAIRE. Total, que quiero morirme. La vida me es odiosa, señoras; la detesto como se detesta una serpiente mordiscona que uno llevara dentro de sí. ¡No quiero vivir, no quiero! Figúrense ustedes que aquellas feroces harpías...

SATURNA. Basta... Si quisiera el señor Bonaire buscar quien lleve á Andorra mi carta para Francia...

MONSA. Antes hágame el favor de ver si Susana está ya vestida.

BONAIRE. Voy.

MONSA. Y que nos traigan las mantillas. Tenemos que salir.

SATURNA. ¡Ah! Nos vuelve locas la dichosa sobrinita.

JUAN. (Leyendo los planos y papeles y pasando al centro con las señoras.) A mí también. Pero confieso que su viveza y desenfado me encantan.

MONSA. Ha caído en nuestro pacífico reino como una bomba. En los dos días que lleva en casa, ha hecho una revolución en nuestras austeras costumbres.

BONAIRE. (Volviendo por la derecha con las mantillas.) Está dándose la última mano. Ya sale.

MONSA. Tres veces al día se cambia de ropa, á estilo neto de París.

JUAN. Costumbres de la gente principal con quienes ha vivido allá.

BONAIRE. Aquí dejo las mantillas. (Las pone con mucho cuidado sobre la mesa, preparándolas para que se las pongan.) Conque... si no me mandan otra cosa...

JUAN. Sí... Averigüe usted dónde están alojados esos señores que han venido de Francia á ponerse al servicio de la Regencia.

SATURNA. ¿Franceses?

JUAN. No, españoles; y, según parece, personas muy principales. (Recogiendo de la mesa unas cartas.) Aquí están sus credenciales, que dejaron en mi oficina esta mañana. Además de las testimoniales de Morejón y de Balmaseda, el uno trae carta de monsieur de Bulong, secretario del vizconde de Chateaubriand; el otro de monseñor de Broglie...

BONAIRE. Les he visto. Por las trazas parecen gente

muy buena, enemigos furiosos de la mal llamada libertad.

MONSA. Habrá que alojarles en los pabellones de San Juan.

JUAN. Sin duda. (A Bonaire.) Dígales usted que los espero.

BONAIRE. Al momento. (Vase por el foro.)

ESCENA II

DON JUAN, DOÑA MONSA, y DOÑA SATURNA; SUSANA, por la derecha, muy elegante, con sombrero; detrás, BLASA, con el abrigo, el ridículo y dos abanicos.

SUSANA. (Con mucha viveza.) ¡Mi tío!... ¿Dónde está mi tío, señor Marqués de Tremp? ¿Dónde se mete vuestra Alteza?

MONSA. ¡Ay, qué fuguilla!

BLASA. Señora, ¿qué abanico lleva?

SUSANA. (Cogiéndolo.) Este.

JUAN. ¡Divina petimetra!

BLASA. (Dándole el ridículo.) Lleva los dos pañuelos, el librito, los caramelos...

SUSANA. (A don Juan.) Tu padre... (Impaciente.) ¿Dónde está? Necesito verle al instante.

SATURNA. Tontuela, la serenísima Regencia está deliberando.

BLASA. El abrigo.

SUSANA. Venga... Voy allá. (Vase Blasa.)

MONSA. (Deteniéndola.) ¡Loca!

JUAN. No: los señores Regentes podrían trastornarse al verte, y Dios sabe qué atrocidades acordarían.

SUSANA. ¡Buena está vuestra Regencia, que me parece á mí como la ínsula de Sancho.

MONSA. ¡Jesús!

SUSANA. ¡Qué cosas tan raras encuentro en mi querida patria! ¿Esto que aquí gobierna y gasta y triunfa es cosa de juego?

SATURNA. ¡Niña!

JUAN. ¿Tú qué entiendes?

SUSANA. Que sí, que sí entiendo, vaya. Soy una gran política. Vengo del país de las ideas, y allí, aunque una se proponga ser tonta, no lo puede conseguir. Yo pienso... Veréis lo que pienso.

MONSA. Veamos.

SUSANA. En el colegio de Saint Denis, donde estuve seis años... ¡oh! todas las niñas éramos frenéticas partidarias de Bonaparte.

MONSA. ¡Virgen de los Dolores!

SUSANA. Le adorábamos. No hacíamos más que bordar águilas y *enes* dentro de una coronita de laurel.

SATURNA. ¡Dios nos asista!

SUSANA. Y cuando el héroe volvió de la isla de Elba y pasó revista á las tropas, fuimos en corporación y le ofrecimos ramitos de flores... ¡Oh, qué hombre, qué genio! Nos miraba con gravedad de estatua, y nosotras le tirábamos besos, así... (Tirando besos.)

MONSA. (Persignándose.) ¡En el nombre del Padre!...

SUSANA. Pero luego... pasan años, y viene el conde de Provence á sentarse en el trono.

JUAN. ¿Y os hicisteis realistas?

SUSANA. Pero furibundas. En mi colegio no hacíamos más que bordar flores de lis, y todas llevábamos la cinta azul del Espíritu Santo.

SATURNA. Muy bien.

JUAN. ¿Y á Luis XVIII, no le ofrecísteis también ramitos de flores?

SUSANA. Sí... y él nos hizo mil cucamonas y nos cogía la cara. Es un viejo monísimo. En fin, que aquí donde me veis, soy partidaria del vencedor, y proclamo los hechos consumados. Más claro: que soy de la escuela del príncipe de Talleyrand, que come con todos y con todos triunfa y mangonea.

JUAN. Bien, bravísimo.

SATURNA. Como graciosa lo es... Y puesto que te encuentras en casa el absolutismo...

SUSANA. Aquí que no peco... ¡Viva el Rey absoluto!

MONSA. ¡Muy bien!

SUSANA. Absolutismo hasta que nos saturemos bien y pidamos otra cosa. Esta es la opinión, un monstruo que come mucho, pero es *gourmet* y no gusta de hartarse siempre con el mismo manjar. En fin, las victorias que habéis alcanzado sobre los liberales quiero celebrarlas esta tarde con un bailecito, ahí, en la explanada.

MONSA. Niña, déjate ahora de bailes.

SUSANA. He mandado á Bonaire que me traiga todos los músicos que encuentre en el pueblo.

SATURNA. Nada; se le ha metido en la cabeza...

SUSANA. Pero ¿qué mal hay en esto? Bailaremos y nos divertiremos. La guerra y la política no están reñidas con el placer honesto. Me he criado en Francia, donde los grandes sucesos históricos se han señalado siempre con ruidosas fiestas... Pero nada dispondré sin tener el permiso de mi tío, el Marqués Regente. Voy á verle.

JUAN. Bajo mi responsabilidad, yo doy el permiso.

SUSANA. Bien, muy bien. Eso es rendimiento; eso es galantería.

JUAN. Tendréis mucha gente Las sobrinas del señor Arzobispo, las de Castell, las de...

MONSA. Caballeros, muy pocos, porque están todos en el campo de batalla.

JUAN. Puedes invitar á los que han venido de Francia para defender con nosotros al Rey absoluto.

SUSANA. ¿Sí?... ¿Se llaman? ¿A ver si les conozco?

JUAN. El uno... (Recordando.) No sé qué de San Valerio...

SUSANA. ¿San Valerio?... Saint Valière, quizás.

JUAN. No; es español. Hay otro, recomendado por Balmaseda, que trae, además, cartas del secretario de Chateaubriand.

SUSANA. (Con interés.) ¿Su nombre...?

JUAN. Berenguer... me parece.

SUSANA. Ya, ya... le conozco. Berenguer. Le ví y le hablé en el bosque de Foix la semana pasada, en una fiesta que dió madame de la Grangerie, nuestra parienta.

MONSA. ¿Es francés?

SUSANA. Quiá. Español recriado en el Languedoc; el hombre de cabeza más exaltada que he visto en mi vida. Por supuesto, frenético por el absolutismo.

SATURNA. ¿Y están ya en Urgell esos nuevos adalides?

JUAN. Sí... les espero aquí.

MONSA. (Mirando por la izquierda.) Concluída la sesión. Tu padre viene.

ESCENA III

DICHOS; EL MARQUÉS DE TREMP, y al fin de la escena, MAGÍN

MARQ. Tres horas de Consejo. ¡Qué fastidio!

JUAN. ¿Y al fin...?

MARQ. Lo que propuse. Reforzar nuestras guerrillas

para contener a Mina, y armar cinco mil hombres más con los recursos que nos enviaron Austria y Prusia.

JUAN. Muy bien.

SUSANA. (Abrazándole.) Tiito, mi ilustre primo, el jefe militar de la plaza, me ha dado permiso para bailar un poquitín esta tarde.

MARQ. ¿Sí? Me parece muy bien.

MONSA. No te quejarás de tu primo.

SUSANA. ¿Qué he de quejarme? Le tengo en gran estimación.

SATURNA. Se desvive por complacerte.

SUSANA. (Vivamente.) Como que quiere casarse conmigo.

MONSA. ¡Chiquilla!

SATURNA. ¡Qué descarada!

SUSANA. Sé que la familia ha tratado de eso... Y mi tío, el señor Marqués Regente, me lo dijo esta mañana.

MARQ. Niña, te lo dije reservadamente. Vamos, ten juicio.

SUSANA. Y reservadamente lo repito yo. Serenísimo tío, repita usted ahora con absoluta reserva lo que yo le contesté.

JUAN. A ver...

MARQ. Pues me ha dicho... que no le gusta marido guerrero, que le preferirá pacífico.

SATURNA. ¡Vaya una necedad!

JUAN. Ya la iremos curando de estas filosofías. En todos tiempos hicieron buenas migas Cupido y Marte.

SUSANA. Retórico estáis. El Cupido que yo conozco se asusta de la fiera.

MARQ. (Riendo.) ¿De nosotros?

SUSANA. Y de ellos. Todos sois lo mismo. Quiero decir que odia con toda su alma la guerra fratrici-

da, y no ve con buenos ojos á los héroes de estas luchas crueles y feroces, cualquiera que sea su bandera.

JUAN. Ese será un Cupido extranjero: español no es.

MARQ. Hija mía, abominas de tu raza y de tu familia. Todos en ella hemos sido guerrilleros.

MONSA. Tu padre...

SUSANA. Sí; ya sé... Fué un sectario implacable, terror de los franceses en la gran guerra, y de los liberales en las trifulcas del año 14.

SATURNA. Un defensor del trono legítimo y de la sagrada fe.

SUSANA. Sí, sí... muy bonito. Pero... os diré una cosa, aquí, en confianza. Cuando más gozoso está mi espíritu, lo oscurece y lo aplana una nube negra, la memoria de las crueldades de mi padre, el tristemente célebre Barón de Celis.

SUSANA. (Irritada.) Crueldades no... la guerra es guerra:

MONSA. Tonta, ¿Tú qué sabes?

JUAN. Ha leído los amañados relatos de los jacobinos franceses.

SUSANA. He leído, sí; y he oído referir atrocidades sin cuento. En fin, doblemos esa hoja, aunque al tocarla nos manchemos los dedos de sangre. No más guerrilleros, no más espadones, llámense realistas, llámense patriotas.

MONSA. ¡Qué ideas!

MARQ. ¡Maldita Francia, maldita filosofía!

JUAN. Prima mía, tienes que hacerte á nuestra atmósfera.

SATURNA. Amoldarte á nuestras ideas.

MARQ. Para eso te hemos sacado del poder de tus tías maternas, las buenas damas de Crevillard, y ahora te españolizamos, te refundimos.

SUSANA. Bueno, bueno. Por de pronto, divirtámonos.

MARQ. Sí, sí; se aprueba lo del baile. Pero antes irás á pagar tus visitas.

SUSANA. Al momento.

MAGIN. (Por el foro.) La litera está pronta.

SUSANA. ¡Ah! Magin, á tiempo llegas. Voy á encargarte una cosa.

MAGIN. Mi niña... mándeme lo que guste.

MARQ. (A doña Saturna mientras Susana habla con Magín.) Yo me voy á pie al palacio del Arzobispo. Allí os aguardo, y al regreso entraremos un rato en casa del Barón Regente.

MAGIN. Descuide mi niña. Yo lo pondré todo como un vergel.

SATURNA. (A doña Monsa.) ¿Tú no vienes?

MONSA. Iré después. Tengo que hablar á Juan.

MARQ. (A don Juan.) Que salgan esta misma noche los refuerzos.

SUSANA. (Haciendo á don Juan una reverencia.) Adiós, primo. Y paciencia. La guerra es la paciencia.

JUAN. Lo ha dicho Napoleón el Grande.

SUSANA. Lo digo yo... Susana la Chica. Adiós.

JUAN. (Irritado.) Pues yo digo: la guerra es la guerra, ¡vive Dios!

ESCENA IV

DOÑA MONSA y DON JUAN

JUAN. (Con amargura.) Ya lo ve usted, madre. Se burla de mí.

MONSA. ¡Inocente! Eres todo bravura, todo coraje militar, y no aprecias las finas estrategias de la mujer.

JUAN. ¿Será eso coquetismo?... Hace dos años, cuan-

do la ví en París... su belleza, sus graciosas extravagancias me volvieron loco, y anteayer, cuando fuí á recibirla á la frontera de Andorra, parecióme un ángel que Dios me enviaba para...

MONSA. Para templar tu alma y aplacar en ella los infames rencores que encienden estas guerras...

JUAN. Quizás...

MONSA. Ya ves que Susana quiere paz, y abomina de vuestros rigores.

JUAN. ¡Contradicción horrible! Porque el rigor es necesario, y nuestros enemigos, no menos crueles que nosotros, nos imponen la barbarie y la ferocidad.

MONSA. ¡Qué pena, Dios mío!

JUAN. Yo quiero terminar la guerra para que mi prima no se asuste de mí. Pero la guerra, ¡ay! no concluye sino con el triunfo del absolutismo, y éste pide sangre, fuego, destrucción. Yo necesito hacer comprender á Susana que si mato y quemo y arraso es porque el santo deber me llena el espíritu y el corazón como ella misma con sus gracias picantes, porque mi fe realista y mi amor á Susana son ya una sola pasión indivisible... ¡El perdón, la benignidad, la relajación de la energía! No puede ser. Resultarían dos hombres en mí, y soy de un solo bloque, entero, absoluto. Si no matara, me parecería que no amaba; si no amara no sabría pelear.

MONSA. Hijo mío. Todo puede conciliarse, el deber y la clemencia.

JUAN. Imposible.

MONSA. Te digo que sí.

JUAN. (Con tenacidad.) Digo á usted que no.

ESCENA V

DICHOS; BONALD y BONAIRE, por el foro

BONALD. Mi General...

JUAN. ¿Qué quiere usted?

BONALD. Saber si se forma Consejo de Guerra á los dos payeses que se vendieron al enemigo.

JUAN. ¡Imbéciles! ¿No mandé que se impusiera castigo inmediatamente?

BONALD. Es que...

JUAN. Yo creí que les habían fusilado ya.

BONALD. (Turbado.) Mi General, yo...

JUAN. (Estallando en cólera.) Si seguimos así, ¡fuego de Dios! tendré que fusilar á los que con tal apatía cumplen mis órdenes. (Retírase Bonald.)

MONSA. ¡Hijo mío, piedad!

BONAIRE. (Aparte.) ¡Vaya un genio!

JUAN. ¡Medrados estaríamos con la piedad! Si no castigamos la traición y la negligencia, será forzoso derramar más sangre, más, para concluir la guerra.

MONSA. ¡Oh, qué desdicha! (Vase afligida.)

JUAN. (A Bonaire.) ¿Y usted?

BONAIRE. Mi General, esos caballeros que vienen á servir á la serenísima Regencia...

JUAN. ¿Están ahí los tres?

BONAIRE. Por ahora dos, pues el llamado Berenguer ha ido á presentar al señor Arzobispo la carta que trae para él.

JUAN. Que pasen. (Bonaire hace señas desde la puerta del foro, y entran San Valerio y Fabricio. Don Juan revuelve en la mesa buscando las cartas.

ESCENA VI

DON JUAN, BONAIRE, SAN VALERIO y FABRICIO

VALERIO. Saludemos al héroe de Urgel, ansiosos de servir á sus órdenes.

JUAN. Por la causa del Rey y de la verdad. Bien venidos, señores. He leído las cartas de monseñor de Broglie y de madame de Penthievre ¿Es usted el señor de Berenguer?

VALERIO. Martín de San Valerio, y mi compañero y amigo Fabricio de Mercadal. Berenguer no tardará en venir.

JUAN. Examinadas las credenciales, serán ustedes admitidos á compartir las fatigas y las responsabilidades de esta dura campaña.

VALERIO. Esperamos demostrar á la gloriosa Regencia que sabremos corresponder al honor que nos hace.

JUAN. Ruego á ustedes me dispensen ahora. Mi deber me llama á la ciudadela. Luego les recibirá mi padre, el Regente Marqués de Tremp. Entre tanto, Bonaire se cuidará de aposentar á ustedes en los pabellones de San Juan. Con su permiso...

VALERIO. General, á sus órdenes. (Vase don Juan por el foro.)

ESCENA VII

SAN VALERIO, FABRICIO y BONAIRE

VALERIO. (Después de ver que se aleja don Juan.) ¡Já, já!... ¡Necio, fantasmón, chacal nunca harto de sangre!

BONAIRE. (Asustado.) ¡Silencio!

FABRIC. Déjanos, amigo Bonaire. No viene mal un rato de expansión después de tanto fingimiento.

BONAIRE. (Mirando por las puertas.) No hay nadie. Soledad completa.

VALERIO. (Abrazándole.) ¿Quién nos había de decir que encontraríamos aquí al gran Bonaire, al famoso pastelero de la calle de la Cucurulla?

BONAIRE. Ni yo contaba con echarme á la cara, en este rincón del mundo, al gran tribuno de las logias, el maestro de esgrima Valeriano de San Martí...

VALERIO. ¡Chist!... que ahora se llama Martín de San Valerio. Al revés te lo digo...

BONAIRE. Ni a mi querido amigo, el hábil impresor y calígrafo Marcos Fabrés... hoy Fabricio de...

FABRIC. Mercadal. Abrázame otra vez honrado Bonaire.

VALERIO. No nos habíamos visto desde aquella terrible zaragata en el Gran Oriente de Barcelona.

BONAIRE. (Asustado.) Por las barbas de Moisés, no habléis aquí de Orientes ni... ¿Sabéis dónde estáis?

VALERIO. En el propio, en el auténtico nidal de las águilas realistas.

FABRIC. Ya daremos cuenta de ellas y de toda su cría.

BONAIRE. ¡Silencio! (Vuelve á mirar por las puertas.) Estamos solos. Todo el mundo fuera. Pero decidme, estáis locos?

VALERIO. Quizás.

BONAIRE. ¿A qué demonios venís aquí?

VALERIO. Lo primero, á cortarte las orejas si nos vendes.

BONAIRE. Poco á poco. Yo ni vendo, ni compro, ni estorbo, ni ayudo. No haré más que callar como una empanada.

VALERIO. ¿Podemos contar con tu secreto?

FABRIC. ¡Oh, sí! Yo respondo de él.

VALERIO. Supongo que no te habrás afiliado en las negras, en las odiosas banderas del servilismo.

BONAIRE. ¡Ah! No.

VALERIO. Pues ¿qué viniste á buscar aquí?

BONAIRE. Una bala que me matara. (Jurando.) Por ésta. También soy algo héroe.

FABRIC. Como que en la logia se te puso el nombre de Horacio Cocles.

BONAIRE. Horacio Cocles, sí; pastelero y mártir.

VALERIO. Tunante, tú viniste aquí á comer.

BONAIRE. Sí, hombre; á que me mataran y á comer.

FABRIC. ¿Cómo se entiende?

BONAIRE. Porque yo quería morirme... de cualquier manera, menos de hambre.

VALERIO. Sí... Debe ser mala muerte... Horacio Cocles, ¿podrías darnos algo... mientras vienen esos señores?

BONAIRE. Sí... (Les indica que se sienten, y saca de una alacena ó aparador una botella y copas.) Algo hay aquí para cuando los jefes se pasan la noche de palique.

VALERIO. Venga.

BONAIRE. Echad unas cuantas salvas con esta pólvora roja. ¡Oh! es más viejo que la Inquisición. De éste no beben más que los señores Regentes... y yo. (Sirve en las copas.)

VALERIO. (Brindando.) Por la Fortaleza. (Bebe.) Pues no podemos revelar nuestro secreto, ni aun contando con tu fidelidad.

FABRIC. La cosa es muy grave.

BONAIRE. Sí; ya supongo que no habréis venido á matar moscas. Ello debe ser aventura de gran peligo y dificultad.

VALERIO. Lo que te digo, insigne Bonaire, es que al menor descuido de lengua, te proporcionaré esa

bala que tanto deseas. (Saca una pistola y la pone sobre la mesa.)

BONAIRE. Te conozco, y la intimación no es necesaria.

FABRIC. Bonaire es leal: de él respondo:

BONAIRE. Nada temás de mí.

FABRIC. Quizás prefiera otra clase de balas. ¿Se las enseño? (Interroga á San Valerio, el cual afirma con una indicación de cabeza.)

BONAIRE. ¿A ver?

FABRIC. (Quitándose un cinto de seda y mostrándolo.) Mira.

BONAIRE. (Lo toca; suenan las onzas que el cinto contiene.) ¡Onzas!

VALERIO. Onzas y muertes reparto. Escoge lo que más te agrade.

BONAIRE. ¡Qué bonitas! La verdad es que... ¡Linda metralla!

VALERIO. Para los que ayuden á la causa santísima del pueblo.

BONAIRE. (Asustado.) Guardad eso, por San Odón bendito...

FABRIC. Conque ya sabes... (Guardan las onzas y la pistola.)

BONAIRE. Ayuda, poca puedo prestaros; pero contad con mi sigilo á toda prueba. ¿Me creéis? ¿sí ó no?

FABRIC. Te creemos, sí.

VALERIO. Y en cuanto á nuestros planes, sólo te diré que hoy somos más exaltados que ayer, y que trabajamos por las libertades y derechos del pueblo, por la...

BONAIRE. Sí: ya sé toda la canción.

VALERIO. Estos señores nos persiguen á sangre y fuego, y tratan de exterminarnos como á bestias dañinas. Pues seamos también cazadores intrépidos... y sagaces. Todos los medios son buenos, con tal que conduzcan al fin... (Se levanta, bebe otra vez y brinda.) Por el triunfo de la Casa

Fuerte, defendida por estos tres valientes campeones...

BONAIRE. (Recogiendo el servicio.) ¿Tres?... Yo no.

FABRIC. Contamos á nuestro compañero Berenguer ..

BONAIRE. Ya.

VALERIO. Por cierto que me inquieta su tardanza. Mira si viene (Fabricio se asoma por la puerta del foro.)

BONAIRE. (A San Valerio.) ¿Y á ese Berenguer, le conozco yo?

VALERIO. No creo... ¡Oh, gran persona, admirable hallazgo para nosotros!

FABRIC. (Desde la puerta del foro.) Ya viene. Como siempre abstraído y divagando. Se detiene en la sala de armas mirando las panoplias...

BONAIRE. (Asomándose.) ¡Ya, ya le veo!... Parece que habla solo, ó con los retratos que hay en las paredes. (Vuelve al lado de San Valerio.) Su figura y sus aires son de persona principal.

VALERIO. Primogénito de la casa de Claramunt de Cerdaña, Familia ilustre de las que fueron perseguidas y dispersas el año 14. Estos demonios de realistas mataron al padre, deshonraron á la hermana, é hicieron tabla rasa de todo...

BONAIRE. Y el tal se guareció en Francia... ¿Es valiente?

VALERIO. Como un Cid pobre y olvidado que quiere abrirse camino por la revolución.

FABRIC. (Llamando á Berenguer desde el foro.) ¡Pst .. pst... que estamos aquí!

BONAIRE. Ya, ya te entiendo. Este noble arruinado, y que anhela vengar terribles injurias del despotismo, es en vuestras manos...

VALERIO. Un arma...

BONAIRE. O una herramienta para demoler...

VALERIO. Eso, eso. Te digo que ni buscándolo con candil se encontraría en toda España un martillo como ese.

ESCENA VIII

DICHOS; BERENGUER, por el foro, abstraído y hablando sólo.

FABRIC. Chico, despierta...

VALERIO. Berenguer, deja en paz á los espíritus y ven á nosotros.

BERENG. (Pasándose la mano por los ojos.) La soledad pavorosa de este caserón y los odiosos emblemas de la tiranía que veo en él... (Observando la estancia.) agobian mi espíritu, apagando las memorias recientes y avivando las pasadas.

VALERIO. ¡Cuidado!... No basta transfigurar la persona, los nombres y la palabra...

FABRIC. Hay que disfrazar hasta los pensamientos.

BERENG. Sí, sí... No temáis que la farsa se malogre por mí. ¿Habéis visto á ese verdugo, á ese monstruo?

VALERIO. ¿Quién?

BERENG. El General matarife, encarnación de una familia de asesinos.

VALERIO. Moderación en la palabra.

FABRIC. Estamos solos.

VALERIO. No importa.

BERENG. (Alarmado súbitamente al ver á Bonaire.) ¿Quién es ese pájaro?

BONAIRE. Yo no soy pájaro, sino un amigo de los amigos de usted.

FABRIC. Es de confianza. Puedes hablar delante de él.

BERENG. ¿Pertenece á nuestra comunidad?

VALERIO. En espíritu sí.

FABRIC. Y en cuerpo.

BERENG. ¿Y sabe que este pobre hidalgo, único resto de

una familia destruída por los realistas, se une á vosotros para una empresa de vindicación que ha de ser tan implacable como justiciera? Sí; aquí estamos ya, en la caverna de esas terribles alimañas, decididos á destruirlas, sin temor de obstáculos, de peligros, ni de muertes.

BONAIRE. Bien por los hombres intrépidos hasta el delirio.

BERENG. Diabólica aventura es esta. Pero si salimos triunfantes, ¡qué orgullo, qué gloria! Con la ayuda de Dios, sí, castigaremos los crímenes de estos infames sectarios.

VALERIO. Ellos sanguinarios, nosotros más.

FABRIC. (Con saña.) Ellos crueles, nosotros feroces.

VALERIO. No haya compasión.

BERENG. ¡Compasión! ¿La tuvieron ellos de mi padre? A manos de aquel tigre que se llamó Barón de Celis, pereció mi familia. Vidas, hacienda, honra, todo fué devorado y destruído. En tierra extranjera, el último de los Claramunt, templando su alma en el infortunio y en la soledad, ha sabido forjarla de nuevo para la venganza. En esa Francia, que ha sido mi amparo y mi maestra, he adquirido la convicción de las justicias populares. Noble nací, pueblo soy, y ofrezco mi sangre para el exterminio de las tiranías, sean cuales fueren, y llámense como quieran llamarse.

VALERIO. Bien.

FABRIC. Así te queremos.

BONAIRE. ¡Eh!... Cuidadito... Hablen bajo... Ya no pueden tardar. (Se asoma al foro para vigilar.)

BERENG. (Bajando la voz.) ¡Ah! ¿No sabéis? En el palacio del Arzobispo vi al Marqués de Tremp, y cuando yo salía encontré á Susana que entraba.

VALERIO. (A Bonaire.) La sobrina del Regente. (Gozoso.) ¿Pero ya está aquí?

BONAIRE. Hace dos días que llegó la baronesita de Celis.

BERENG. ¡Siniestro título, á fe mía! Pues al verme se sonrió, sin poder disimular su gozo...

VALERIO. Como que le caíste muy en gracia. Y á ti no te disgustó. ¡Oh! la verdad. Aparte la progenie, la niña es seductora.

FABRIC. Y muy linda.

VALERIO. Espero que aquí seguirás haciendo lo posible por ganarte su afecto... (Berenguer, que durante las últimas frases ha caído en profunda meditación, no contesta. Pausa.) Berenguer, ¿en qué piensas?

FABRIC. Ese silencio, ¿qué significa?

BERENG. ¡Oh!... no sé... Es que temo...

VALERIO. ¡Temer tú!

FABRIC. ¡Temer un patriota que ha jurado exterminar la tiranía!

BERENG. Pues sí, compañeros míos, me impone temor...

VALERIO. ¿Quién?

BERENG. Esa mujer, Susana. Y os agradecería mucho que la dejarais fuera de todas nuestras combinaciones.

VALERIO. Hijo mío, ¿qué dices?

FABRIC. ¡Estamos lucidos!

VALERIO. Pues si empezamos con sensibilidades ya verás á dónde vamos á parar.

BERENG. (Con resolución, después de vacilar.) Bien. Pues lo que queráis. ¿Qué debo hacer?

VALERIO. Muy sencillo. Continuar con sagaz donaire y perseverancia marrullera tu campaña galante.

BONAIRE. Apunten este dato. Quieren casarla con don Juan.

VALERIO. ¡Magnífico! Ya ves. Hijo, todo nos favorece.

Dime, Bonaire, ¿es cierto que el titulado General tira bien las armas?

BONAIRE. ¡Vaya!... Aunque comparado contigo, figúrate. Todos los ratos libres los dedica á la esgrima.

FABRIC. ¡Oh, fortuna!

VALERIO. ¡Oh, Providencia!

BONAIRE. (Por Berenguer.) ¿Y el señor, tira?

VALERIO. Es mi discípulo, y no te digo más. (A Berenguer, con alegría.) Chico, estamos en grande.

BONAIRE. (Alarmado.) Oído... que vienen. Ya están aquí.

ESCENA IX

DICHOS y DON JUAN; después SUSANA y DOÑA SATURNA

JUAN. Señores...

VALERIO. (Presentando á Berenguer.) Nuestro compañero Luis Berenguer. (Berenguer hace reverencia.)

JUAN. Ya me ha dicho mi tío que le vió á usted en el palacio del Arzobispo. La carta que ha presentado usted pondera su bizarría y su acendrado amor á la tradición.

BERENG. El secretario del señor vizconde de Chateaubriand, y el vizconde mismo, me honran con su indulgencia. (Entran Susana y doña Saturna.)

SUSANA. (Aquí está. No me engañaba el corazón.) (Saluda ceremoniosamente.)

SATURNA. Bonaire. No olvide usted que nos ha prometido hoy otro pastel de su invención.

BONAIRE. Sí, señora. Corro á la cocina... Verán las señoras qué pastel les preparo... Cosa rica. (Vase por la derecha.)

SATURNA. ¿Son estos los señores que han venido de Francia á ponerse á las órdenes de la Regencia?

VALERIO. (Con exquisita galantería.) Y á los pies de las ilustres damas de la casa de Tremp, el más preciado adorno de la causa realista.

SATURNA. ¡Oh, qué fino y galán!

SUSANA. Se les invita á un baile modestito... un pasatiempo ideado por mí.

VALERIO. Si no estoy equivocado, tengo el honor inmenso de hablar con la nobilísima señora hermana del señor Marqués, celebrada por su conspicuo entendimiento...

SUSANA. ¡Oh! ¡Qué lisonjero!... En Francia habrá usted oído hablar de mí.

VALERIO. Y sé que envía usted diariamente á su amiga la duquesa de Montmorency una relación admirable de lo que ocurre en esta ciudad.

SATURNA. Es cierto, sí... (Embelesada con los elogios.) Pronto se conoce al caballero de ley.

VALERIO. En mí no hay más mérito que la sinceridad, señora.

JUAN. (Que ha estado hablando con Berenguer.) Querrán ustedes ser presentados al Marqués Regente.

VALERIO. No deseamos otra cosa.

JUAN. (Por Berenguer.) Al señor ya le he visto.

BERENG. Y con su permiso me retiraré. (Se va hacia el fondo recatándose y aguarda á que Susana se quede sola.)

SATURNA. Pasen á ver á mi hermano. Ya entra en su despacho. (Mirando por la derecha.) Ven tú, niña.

SUSANA. (Buscando un pretexto para quedarse, y mirando á Berenguer, á quien no ven los demás.) Voy también... ¿Pero este Bonaire?... (Llamando.) ¡Bonaire!... Tengo que decirle... (Va tras doña Saturna, que sale por la derecha oyendo las lisonjas de San Valerio, y cuando todos desaparecen, vuelve al centro de la escena. Berenguer avanza.)

ESCENA X

SUSANA y BERENGUER

SUSANA. Un momento, un momento nada más. Usted desea hablarme.

BERENG. Y usted á mí.

SUSANA. Yo no. Lo que yo quiero es reñirle.

BERENG. Se lo conocí en la cara cuando la ví á usted en la puerta del palacio episcopal.

SUSANA. Le miré á usted furiosa.

BERENG. Terrible... Por eso me he quedado. Riñame usted.

SUSANA. Pues... (Recordando.) Ya no me acuerdo... ¡Ah! sí... ya, ya.

BERENG. ¿A ver?

SUSANA. Que salió usted escapado de Foix, como un criminal que teme que le descubran. Al despedirse de mí la última de aquellas dos tardes de paseo y merienda en el bosque, prometió usted visitar á mis primas, con quienes yo vivía, y, efectivamente, si te he visto no me acuerdo.

BERENG. Huí de usted como se huye de un gran peligro.

SUSANA. ¿Peligro yo? Gracias.

BERENG. Su hermosura, su gracia, su ingenio, eran como la atracción de los abismos, cuyo fondo no se ve.

SUSANA. Sí, sí. Esa aria ya me la cantó usted en Foix. Pero yo no le hice maldito caso. Ya le dije que usted no había tenido aún la suerte... ó la desgracia de interesarme. Con todo su rendimiento, el galán no supo comunicar á la dama

ni una chispa, ni una, de ese fuego que le devoraba.

BERENG. Es verdad, y sólo me quedaba el recurso de huir de usted. Pero yo, que siempre fuí la contradicción viviente, al querer huir del abismo, he corrido tras él.

SUSANA. ¡Farsante! ¿Tengo yo cara de abismo?

BERENG. Sí... Y ojos de insondable profundidad... (Mirándola fijamente á los ojos.), que atraen...

SUSANA. (Entre risueña y enojada.) Para que se vea lo embustero que es usted... y con qué descaro ensarta las mentiras...

BERENG. ¿Qué?

SUSANA. Señor Berenguer; no hay tal abismo, ni tal atracción. ¡Si no ha venido usted á España por mí, sino por entrar al servicio de la Regencia como absolutista furibundo!

BERENG. Sí; pero...

SUSANA. Que está usted cogido... y ya no le valen sus enredos... (Afectando desdén y haciendo que se va.) Ea, hemos terminado.

BERENG. Todavía no.

SUSANA. Es verdad. Tenía usted que hablarme.

BERENG. Dos palabras.

SUSANA. Pues que sean muy breves.

BERENG. Tengo que suplicar á usted que interceda con el General para que me destine al puesto de mayor peligro; allí donde la muerte sea segura.

SUSANA. (Afligida.) ¡Ay, Dios mío! ¿Quiere usted morirse? No, eso no. (Corrigiéndose.) Bueno; pues sí, señor Werther, muérase usted todo lo que quiera. Ya comprendo que es por desesperación de amante no correspondido. Pues mire usted, eso me gusta mucho.

BERENG. ¿Le gusta?

SUSANA. Sí... que por mi se muera, ó quiera morirse alguien, ¡qué hermoso! Cuando yo era colegiala, soñaba que un galán muy bonito se dejaba matar por mí... Y moría, sí... quiero decir, no moría ni se mataba, porque en el momento preciso llegaba yo, y... Muy bien, señor Berenguer, aplaudo su desesperación...

BERENG. Pero Susana, si este anhelo de morir no es por usted; ni tiene nada que ver con el amor que me inspira.

SUSANA. (Desconcertada.) ¡Que no es... que no es por mí! ¡Ay, qué chasco! ¿Por qué no lo dijo usted antes? ¿Y cometerá usted la grosería de querer morirse por otra?

BERENG. Bien sabe usted que sí.

SUSANA. ¿Yo qué he de saber?

BERENG. Si se lo he dicho.

SUSANA. (Incomodada.) A mí no me ha dicho usted nada. ¡Pero qué embustero!

BERENG. Haga usted memoria.

SUSANA. ¡Otra, otra! (Herida su mente por súbito recuerdo.) ¡Ah! Ya me acuerdo. Perdone usted. Hoy tengo la cabeza trastornada. Su tedio del vivir es por la soledad en que le ha dejado la muerte de su querida madre. Sí; me lo dijo usted y yo debí recordarlo. Aquella santa señora, destituída de su posición, indigente, proscrita, no tenía más consuelo de su infortunio que el amor de su hijo. Pues mire usted, Berenguer, yo, sin conocerla más que por lo que usted me ha contado, también la quiero.

BERENG. (Con emoción.) ¡Oh, Susana!... En sus ojos conozco que es verdad lo que usted me dice.

SUSANA. Y cuando pienso que fué víctima inocente de

estas terribles discordias... créame usted, por eso mismo la quiero más y venero su memoria.

BERENG. ¡Usted!

SUSANA. (Conmovida.) Sí... Yo soy así. Me interesa profundamente la nobleza desgraciada, la virtud perseguida, y cuando siento sus ayes de dolor, aunque suenen lejos de mí, allá se me va toda el alma.

BERENG. (Con ardor.) Susana, es usted un ángel, y yo debo amarla á usted aunque no quiera, aunque no deba amarla.

SUSANA. (Vivamente.) ¿Cómo?

BERENG. Aunque usted no quiera.

SUSANA. Yo no se lo prohibo. (Recobrando su viveza y coquetería.) Lo que haré será no corresponderle... No se puede, no señor... Pero, por Dios, no vaya usted á que le maten. Trate usted de consolarse, de llenar ese vacío...

BERENG. Sólo podrá llenarlo el sentimiento de reparación, Susana; el castigo de los que nos quitaron honra, vidas, hacienda...

SUSANA. Los constitucionales... (Berenguer calla mirando al suelo.) Los fanáticos del año 14. ¿Son esos los verdugos de su familia? Conteste.

BERENG. (Decidiéndose á mentir.) Sí. Mis enemigos son, y como al propio tiempo lo son de usted, seguro estoy de que la Baronesita de Celis simpatiza con mi venganza.

SUSANA. Pues no señor, ea... Usted no me conoce La venganza, ese horrible sentimiento que es el soplo de Satanás en nuestros corazones, no cabe en mí. Dirá usted que soy tonta, que desentono aquí, en el seno de mi familia.

BERENG. Sí que desentona.

SUSANA. Advierta que me he criado en un ambiente muy distinto del de este horno de rencores. Señor Berenguer, yo le incito á usted á perdonar á sus enemigos.

BERENG. No puedo borrar la historia de mi vida.

SUSANA. ¡Bah! ¡La historia!... ¡historias! Por más que ahora parezca usted tan aferrado á sus odios, acabará por complacerme.

BERENG. Imposible.

SUSANA. Porque yo, aunque usted lo niegue ó lo disimule, le subyugo, le domino...

BERENG. (Asustado.) ¡A mí!... ¡Oh! No... Susana, usted no sabe quién soy.

SUSANA. Ya lo iremos sabiendo, señor Berenguer. Es usted rencoroso. He visto en usted al hombre de convicciones exaltadas, á la voluntad delirante y ciega que antepone los furores políticos á los sentimientos más hermosos del alma. Créalo usted: detesto el fanatismo.

BERENG. ¿También el de los suyos?

SUSANA. También... Que no nos oigan.

BERENG. (Me desconcierta, me vuelve loco).

SUSANA. Y como soy así, quiero, fíjese usted, quiero que el sectario se humanice y arroje de su alma esas brasas del infierno, perdonando para olvidar y olvidando para perdonar.

BERENG. (Oprimiéndose la cabeza.) (¡Oh, Dios! ¿Qué mujer es esta?)

SUSANA. ¿Qué dice usted... qué piensa?

BERENG. Nada... locuras mías... que yo la quiero á usted, y no quiero, no debo... En fin, que lo hermoso es imposible... y lo absurdo... es muy bello... No sé... Estoy loco.

SUSANA. (Risueña.) Pues yo le voy á curar de su demencia ahora mismo. Venga usted acá. (Le lleva al

otro lado.) Si usted se humaniza, dispuesta estoy á hacer concesiones. Se ha dicho ojo por ojo.

BERENG. Y diente por diente.

SUSANA. Pues yo digo: corazón por corazón, alma por alma.

BERENG. (Con efusión.) Susana, ¿usted me amará?

SUSANA. Podría ser.

BERENG. ¡Alma hermosa...! No, no... Susana, huya usted de mí.

SUSANA. ¿Qué dice? (Aparecen San Valerio y Fabricio en la puerta de la derecha y observan.)

BERENG. No sé lo que digo. Usted me anonada, me desorienta; usted me vuelve el alma del revés...

SUSANA. ¿Y por eso me manda huir? Pues ahora no quiero yo, ea. Prohibo las escapatorias. Señor fanático, oiga usted mi mandato.

BERENG. ¿Qué? (San Valerio y Fabricio aparecen por la derecha y escuchan.)

SUSANA. Acepto sus galantes obsequios, y que quiera que no, tiene usted que hacerme la corte.

BERENG. Silencio; nos oyen.

ESCENA XI

DICHOS; SAN VALERIO y FABRICIO; DOÑA SATURNA, por la derecha.

SATURNA. Niña, no se encuentra ningún músico en el pueblo.

SUSANA. Mejor. No hay que apurarse, tía. Tendremos música.

SATURNA. ¿Cuál?

SUSANA. Tambores, tía, tambores. Mi primo pondrá á mi disposición todos los que hay en la plaza.

VALERIO. Eso es bailar militarmente.

SUSANA. Es que ahora todo debe tener aquí un carácter guerrero. He mandado á Magín que adorne con ramaje los cañones de la esplanada.

VALERIO. ¡Precioso! ¡La guerra disfrazada de paz!

SATURNA. No me gustan disfraces.

VALERIO. Ni á mí, señora.

SUSANA. Pues á mí sí. Todo es más bello cuando parece lo que no es.

BERENG. (¿Qué dice?)

SATURNA. ¡Qué niña esta!

SUSANA. ¿Vendrán al baile?

FABRIC. ¿Cómo no?

SUSANA. ¿Y el señor Berenguer?

BERENG. También. Y bailaré con usted, si me concede este honor.

SUSANA. Concedido. Vamos tía. Inspeccionemos nuestro salón al aire libre.

SATURNA. Pero ¿quién es éste?

SUSANA. Un realista furioso que á mí me hace mucha gracia. Verá usted. (Sale con su tía ponderándole con ademanes muy vivos las rarezas de Berenguer.)

ESCENA XII

BERENGUER, meditabundo; SAN VALERIO y FABRICIO

VALERIO. (Que ha observado con recelo á Berenguer y á Susana en la anterior escena.) No olvides tu compromiso.

BERENG. Si os he vendido el alma... ¿Qué debo hacer?

VALERIO. Te lo diremos á su tiempo. Por de pronto, perseverancia, astucia y mala sangre. La niña bonita, esa preciosa víbora del absolutismo,

puede ser en nuestras manos un resorte... ¿sabes? Además, si consigues que te ame, no te conviertas en guardador de su honra. Guárdala como guardó su padre la de tu hermana.

BERENG. (Con súbito coraje, echándole mano al cuello.) ¡Calla, ó te...!

VALERIO. Suelta... (Berenguer le suelta.) Bien, bien. Me gusta ese coraje.

FABRIC. ¿Eres nuestro? ¿sí, ó no?

BERENG. Vuestro, ó del diablo, que es lo mismo.

VALERIO. Bien. ¿Sostienes lo que jurastes?

BERENG. Lo sostengo, como caballero que soy.

VALERIO. (Saca una medalla del pecho, pendiente de una cinta morada.) Júralo aquí, sobre la insignia de los caballeros comuneros, el escudo de Padilla.

BERENG. (Tocando la medalla.) Lo juro. Os pertenezco. Afiliado á vuestra facción, mandadme, y os obedeceré ciegamente.

VALERIO. ¿Juras no retroceder ante ninguna prueba, ante ningún sacrificio, por tremendo que sea?

BERENG. Lo juro.

VALERIO. (Guardando la medalla.) Está bien... Ahora, calma, vigilancia... y mala intención. Seamos zorros antes de ser tigres. (Suenan dentro tambores con aire de minuetto.)

FABRIC. El baile.

BERENG. (Recordando.) ¡Ah!... Susana...

VALERIO. Sales á la esplanada, y bailas con ella.

BERENG. Voy... (Andando mecánicamente.) No tengo voluntad.

ESCENA XIII

DICHOS; DON JUAN, por la derecha, y por el foro BONAIRE, con un manojo de llaves.

JUAN. (Sorprendido de verles.) Creí que estaban ustedes en el baile.

VALERIO. Allá íbamos.

BONAIRE. Ya tienen los señores preparado alojamiento.

JUAN. Querrán descansar.

VALERIO. Pero nuestro amigo Berenguer, carácter festivo y bullicioso, prefiere la diversión al descanso.

BERENG. Es que me permití invitar á la Baronesita de Celis, y ella se dignó aceptar. Pudiera creer que es descortesía...

JUAN. (Mirándole fijamente, receloso.) ¡Oh, no!... ¿Y si ocurriese el caso de que tuviera usted que prestar servicio militar inmediatamente?...

BERENG. Estamos á las órdenes de vuecencia.

JUAN. (Buscando un pretexto para impedir que vayan al baile.) ¿Son ustedes aficionados á la esgrima?

VALERIO. (Por Berenguer.) Este tira regular.

JUAN. ¡Oh, dicha! Es mi afición favorita, y me precio de no ser mal tirador. Ea, propongo un asalto. Mientras la gente frívola se solaza en el baile, entretengamos nosotros los ocios de este día feliz con un ejercicio varonil y guerrero.

BERENG. Como vuecencia guste.

JUAN. (Cogiendo de una panoplia los floretes y caretas.) Empecemos...

ESCENA XIV

DICHOS; SUSANA, DOÑA MONSA, DOÑA SATURNA y dos ó tres Oficiales, por el foro.

SUSANA. Pero ¿no vienen al baile? Señor Berenguer, estoy esperando...

BERENG. El General prefiere al baile la esgrima.

JUAN. Es mi pasión.

SATURNA. Yo quiero verlo... (Adelantan al proscenio, y Magín las pone sillas.)

SUSANA. Yo también.

MONSA. Mi hijo es un tirador formidable.

SUSANA. Berenguer también.

SATURNA. ¿Tú qué sabes?

SUSANA. Me lo figuro. (Coge cada cual su florete y se colocan.)

VALERIO. (Aparte á Berenguer, con disimulo.) Disimula tu destreza...

SUSANA. Que continúen bailando. Ya volveremos.

BONAIRE. (Gritando desde la puerta á los que están dentro.) Que siga el baile. ¡Viva el Rey absoluto! (Contestan dentro al viva. Suenan tambores.)

JUAN. (Esgrimiendo los floretes.) En guardia.

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Pasadizo cubierto entre la iglesia de San Juan y otro edificio antiguo destinado á cuartel y pabellones de oficialidad. Techo de bóveda, construcción de sólida arquitectura, con dos gruesos pilares románicos en la embocadura ó rompimiento. Á la derecha, el pórtico de la iglesia, convertida en hospital. Á la izquierda, una puerta pequeña que conduce á las viviendas de Berenguer, de San Valerio y Fabricio. En el pilar de la izquierda, un farol grande encendido.

Tras el rompimiento, una calle con paso practicable por uno y otro lado. Hacia la derecha, el palacio de la Regencia, del cual se ve un esquinazo.

Es de noche.

Al alzarse el telón, óyense vivas á la Regencia y al Rey absoluto.

ESCENA PRIMERA

DOÑA SATURNA y CASTELL, que salen de la iglesia por el foro; después, MAGÍN, BONAIRE y FABRICIO; luego, SAN VALERIO.

SATURNA. ¡Qué alboroto!

CASTELL. Entusiasmo, señora. Es la partida de Romagosa, que sale al campo.

SATURNA. ¡Dios mío! Ocho días de horrorosos combates. Y tantos heridos nos mandan acá, que ya no tenemos manos para socorrerlos, ni aun sitio donde colocarlos. (Magín, herido, entra por el foro, sostenido por Bonaire y Fabricio.)

CASTELL. Aquí nos traen otro.

SATURNA. Magín... ¡pobre Magín! (Acudiendo á él.) ¿Es grave? (Magín no contesta. Bonaire indica con un gesto que es

herida grave.) Todo sea por Dios... Ponedle aquí, hasta ver dónde podemos colocarle. (Le sientan en el banco.)

CASTELL. En San Roque está todo lleno.

BONAIRE. ¿No podríamos acomodarle aquí, en el hospital de oficiales?

CASTELL. Ya no hay camas.

SATURNA. (Colocando al herido.) Magín, ánimo. Tus heridas no serán cosa mayor.

MAGIN. (Tocándose el cuerpo.) No sé... Dios me favorezca. (Quejándose.) ¡Ay, ay!

SATURNA. (Al oficial.) Vaya usted á San Roque á ver si han llevado más heridos. Ni allá ni aquí faltarán camas. Nosotras, las damas ilustres de la casa de Tremp, dormiremos en el suelo para que los defensores del Rey absoluto tengan lecho cómodo. Vaya, vaya usted.

CASTELL. Al momento. (Vase.)

SATURNA. (A Fabricio.) ¿Y el señor de San Valerio? (Señalando á la izquierda.)

FABRIC. Creo que está durmiendo.

SATURNA. Si despertara le suplicaría que me acompañase á casa con un par de hombres.

VALERIO. (Apareciendo en la puerta de la izquierda.) Aquí está San Valerio, siempre á las órdenes de la ilustre señora.

SATURNA. Dios se lo premiará. (Vuélvese hacia Magín para darle ánimos.)

FABRIC. (Á San Valerio, pasando ambos á la izquierda.) Iré yo, si quieres.

VALERIO. No; yo. Me interesa mucho conocer las interioridades de aquella vivienda. Ocúpate en pagar á esos lo convenido y en prevenir á todos... Sigilo y prudencia... calma, vigilante, ¿sabes? (Cuchichean un momento.)

SATURNA. (Á Magín.) Un poco de paciencia, Magín, y te instalaremos holgadamente.

VALERIO. Cuando usted guste. (Fabricio se va por la izquierda.)

SATURNA. Mucho le agradezco esta nueva prueba de su delicadeza y atención.

VALERIO. Señora... Militar y caballero es lo mismo. (La conduce por el foro, haciendo extremos de cortesía.)

ESCENA II

BONAIRE y MAGIN

BONAIRE. Bien, bien, Magín. Estás herido, gravemente herido. Puede que te mueras; puede que te salves... Y qué, ¿vamos ganando?

MAGIN. Sí. Pero el Rey, nuestro señor, acuérdate de lo que te digo... no recobrará su trono absoluto.

BONAIRE. ¿Por qué?

MAGIN. Porque lo que ganamos por las armas, lo quita la traición. Amigo Bonaire, créelo como Dios es nuestro padre: hay traidores en la plaza.

BONAIRE. ¿Qué me cuentas? ¿Tú sospechas?...

MAGIN. No sospecho: sé. Lo descubrimos anoche Mongat y yo.

BONAIRE. Mongat ha muerto.

MAGIN. Y á mí me falta poco. Oye: á ti te lo cuento á ti solo. (Con sigilo.) El tal San Valerio y el tal Fabricio son perros liberales de la piel de Robespierre maldito.

BONAIRE. (Con aspavientos de asombro.) ¡Jesús!

MAGIN. ¿Quieres saber más? Los veintitantos hombres que entraron ayer, también vienen con las de Caín.

BONAIRE. ¡Por San Odón bendito!

MAGIN. Nada, que tenemos á Judas en casa.

BONAIRE. (Tomándole el pulso.) Amigo Magín, tú tienes fiebre, y te ha entrado el delirio.

MAGIN. Ya me lo dirás cuando veas que se alzan con la plaza, pasando á cuchillo á toda la guarnición y personajes, desde los Regentes serenísimos al último furriel.

BONAIRE. ¡Abrete tierra y tráganos!

MAGIN. Milagro fué el descubrirlo... Oye... Mongat y yo hicimos nuestro dormitorio en la ermita de San Odón. Allí nos metimos. Entraron Fabricio y el otro, y creyéndose solos, hablaron...

BONAIRE. Ya... Pues todo eso lo soñásteis el pobre Mongat y tú...

MAGIN. (Perplejo.) ¿Lo soñaríamos? ¿Crees tú que lo soñaríamos?

BONAIRE. Sin duda. Mongat no despertará más.

MAGIN. Y yo... ¿Estoy yo vivo, estoy despierto?

BONAIRE. Sí, sí; pero no estás en tus cabales, créeme á mí...

MAGIN. ¿Me habré yo muerto sin saberlo?

BONAIRE. Todavía, no. Pero para estar tranquilo debes imitarme; ser lo que yo soy...

MAGIN. Y tú, ¿qué eres?

BONAIRE. Filósofo.

MAGIN. ¿Pues no eres pastelero?

BONAIRE. Pero lo uno no quita lo otro. Puede haber en una pieza pasteles y filosofías. Dime tú, ¿para qué le sirve á uno la vida, esa gran bribona de la vida? Para sufrir, para rabiar, para que éste y el otro le mortifiquen á uno y le achicharren la sangre. (Magín cierra los ojos.) Animo: voy á darte ahora un poquito de aguardiente. (Se lo sirve de una frasquera que lleva al cinto.)

MAGIN. Esta filosofía sí que me gusta.

BONAIRE. (Destornillando la tapa que hace de vaso.) ¡Verás qué rico!... Pues sí; convéncete de que el morirse uno es la única cosa buena que hay en la vida... ¿Qué tal te sientes ahora?

MAGIN. (Después de beber.) Mejor. Parece que me vuelve la vida...

BONAIRE. ¡La vida! ¡Já, já!... Fíate de esa embustera sin vergüenza...

MAGIN. Digas tú lo que quieras, la muerte es muy fea...

BONAIRE. Todo es comparar, Magín. Yo te aseguro que el enemigo, disparándonos á quemarropa con cien fusiles, es más bonito que mi mujer.

MAGIN. ¡Hombre!

BONAIRE. Y que mi suegra es más horrorosa que una batería de cañones apuntando á nuestros pechos...

MAGIN. (Animándose.) Pues mira... Ya soy otro...

BONAIRE. No te fíes.

MAGIN. Dame más. (Saboreando el aguardiente.) ¡Qué rico! (Entonándose y poniéndose derecho.) Nada; que yo estoy bien, pero muy bien.

BONAIRE. Ponte en lo peor, te digo... y acertarás. (Bebe otro poco.) Yo te pregunto: ¿qué saca uno de vivir?

MAGIN. Y de morirte, ¿qué sacas?

BONAIRE. Pues saco... ahí es nada... No ver más la jeta de aquellas harpías feroces, ni oir sus chillidos broncos, ni recibir sus manotazos, estrujones y mordiscos... Saco el finiquito de cuentas con mis acreedores; saco el librarme de tanto pillo, de tanto necio, de aquel que me injuria, de estotro que me engaña... ¡De buena gana, te lo juro, me pondría yo en tu lugar; digo, que quisiera estar en tu pellejo! ¡Qué gusto morirse! Y como es en defensa de los

santos principios, se va uno derechito á la gloria, donde no ve más que caras de ángeles graciosos y de serafines guapísimos.

MAGIN. Pues yo quiero vivir... (Animándose más.) ¡Por San Odón! Yo quiero ver caras de personas mortales, aunque sean caras de traidores, que es lo que más aborrezco.

BONAIRE. (Cerrando la frasquera.) ❂ Y á propósito, eso que has descubierto, ¿es verdad, ó no es verdad? yo no lo sé.

MAGIN. ❂ Tan verdad como que estamos aquí.

BONAIRE. ¡Qué tonto! ¿Y tú puedes asegurar que estamos aquí?... Sé filósofo, Magín amigo, y no afirmes nada tocante á la parecencia ó desaparecencia de las cosas, y di como yo que no sabemos si estamos aquí, ó en el otro mundo... ó en aquél... ó en el propio Limbo celeste ó acuático.

MAGIN. (Tocándose.) No sé... pero lo que es muerto, á fe de Magín, que no lo estoy. ❂

BONAIRE. Vivas ó mueras, yo voy á darte un buen consejo.

MAGIN. A ver.

BONAIRE. De lo que oiste á San Valerio y á Fabricio no digas una palabra al General ni á nadie, porque te marearán á preguntas y no te dejarán descansar tranquilo .. Como se te escape algo, en seguida empieza la indagatoria... y que declares y que jures... ¡Ay, pobre de ti entonces!

MAGIN. No; yo debo decir...

BONAIRE. Sigue mi consejo y no te metas en historias. Figúrate que ellos niegan, y no puedes probarlo... Pasarás por embustero calumniador... digo, ¿y si les da por vengarse de ti?

MAGIN. Voy creyendo que tienes razón.

BONAIRE. Ten por seguro que en esos dimes y diretes habrías de irritarte, encolerizarte .. ¡Bonito negocio! Como que sin comerlo ni beberlo te morirías en pecado mortal.

MAGIN. Eso no, ¡voto va!

BONAIRE. Tú te callas, y muy agasajadito en tu cama de finas holandas, la cama de las señoras, perdonas á todo el mundo, y mientras llega el dulce trance, te cuidan las niñas bonitas del pueblo... y vengan calditos y vino blanco, y tal vez buenos tragos de aguardiente... Conque...

MAGIN. Y si me muero, ¿me callo también?

BONAIRE. ¡Hombre!

MAGIN. Quiero decirte...

BONAIRE. Comprendido. Después de muerto puedes hablar todo lo que quieras... Se lo cuentas á San Pedro y á...

MAGIN. Quiero decirte que en el caso de que me sienta moribundo... pues... si debo callar.

BONAIRE. Claro que sí... callar siempre, siempre...

ESCENA III

DICHOS; DON JUAN, DOÑA MONSA, BONALD y dos Ordenanzas, por la derecha.

MONSA. (Acudiendo á Magín.) ¡Pobrecito Magín!... Ya puedes entrarle aquí. (Por la derecha.)

JUAN. ¿Hay sitio?

BONALD. El que han dejado los dos que acaban de morir.

MONSA. Ven... vamos. (Ayudando á transportar á Magín.) Para éste y otros de preferencia se traerán nuestras camas.

BONALD. (Que ha ido hacia el fondo.) Mi General, vienen más heridos...

JUAN. A San Roque.

BONALD. Mi General, no hay sitio.

JUAN. (A gritos, con humor endiablado.) Pues pídaselo usted al demonio. (Vase Bonald por el foro. Don Juan se pasea por la escena muy agitado.)

MAGIN. (Conducido al hospital en brazos de Ordenanzas.) Bonaire amigo, no me abandones.

BONAIRE. Contigo voy. (Le llevan por la derecha, Bonaire cogiéndole la mano, doña Monsa le acompaña hasta la puerta, y vuelve luego hacia su hijo, mostrando inquietud.)

ESCENA IV

DOÑA MONSA y DON JUAN, que, impaciente, tan pronto recorre la escena como se para ante la puerta de la izquierda y aplica el oído á ella.

MONSA. Pero qué, ¿te quedas aquí?

JUAN. (Muy displicente.) Sí.

MONSA. ¿Buscas á alguien?

JUAN. Sí. (Párase ante la puerta, y la empuja á ver si está abierta.)

MONSA. ¿Esperas que salga?

JUAN. O que entre... (Va hacia el fondo, mira y vuelve.)

MONSA. Pero ¿no quedamos en que irías á despachar á casa? Te esperan los secretarios de Guerra y Hacienda.

JUAN. Sí... pero ya no voy.

MONSA. ¿Temes que Mina, con los refuerzos que ha recibido, ponga en un aprieto á la Regencia?

JUAN. Sí.

MONSA. (Remedándole.) «Sí, no...» Lacónico estás. ¿Te inquieta el número exorbitante de heridos?

JUAN. No; los heridos ó se curan ó se mueren. Dios cuida de ellos.

MONSA. ¡Ay! Y de nosotros, ¿qué hará Dios?

JUAN. Lo que le dé la gana.

MONSA. ¡Vaya un humorcito!... (Deteniéndole y abrazándole.) Ven acá... Háblame con franqueza. ¿Es que ya no tienes fe en la causa?

JUAN. En la causa, sí.

MONSA. ¿Y en el valor, en la constancia de los leales?

JUAN. De nada vale la lealtad cuando la corrompe la traición.

MONSA. ¿Traición has dicho?... Hijo mío, ¿sospechas de alguno?

JUAN. Sí.

MONSA. ¿De quién?

JUAN. (Enérgicamente, señalando el cuarto de Berenguer.) De ese.

MONSA. ¿Quién vive ahí?

JUAN. Berenguer.

MONSA. ¿Y sospechas también de San Valerio y de Fabricio?

JUAN. No; son honrados. Por mis espías sé que vigilan á su compañero.

MONSA. Pero ¿fundas tu sospecha en algo real?

JUAN. En nada real la fundo... (Recordando.) ¡Ah! Sí... En los asaltos con que solemos entretenernos oculta su destreza, y se reserva los hábiles golpes que, sin duda, sabe.

MONSA. Eres un niño. En algo más te fundarás para acusarle.

JUAN. (Con alarde de franqueza ruda.) Pues bien; le acuso porque le detesto... Ya ves; te descubro mi alma toda entera.

MONSA. Toda no... Descubre más... Le detestas porque estás celoso.

JUAN. Sí, madre... ¡Celoso! Me declaro culpable de esa ridiculez.

MONSA. Tus celos podrán ser infundados...

JUAN. No lo son. (Furioso.) Madre, no me contradiga usted, no defienda á quien me mata, á quien me crucifica.

MONSA. ¡Dios mío, qué carácter!

JUAN. Sí... Soy terrible... Así me hizo Dios; así me trajo usted al mundo.

MONSA. Sosiégate... Reflexiona... Digas lo que quieras yo dudo que Susana...

JUAN. No dudes... Es mala, mala.

MONSA. Pero ¿qué ha hecho, Dios mío?

JUAN. Olvida su decoro y el de la familia.

MONSA. Mira lo que dices. Quizás algún coquetismo inocente...

JUAN. ¡Coquetismo inocente sus entrevistas secretas con Berenguer!

MONSA. ¿Dónde?

JUAN. Aquí... En la muralla... no sé. Sus visitas á los hospitales, tanto ir y venir so color de cuidar heridos, no son más que el disimulo de su liviandad.

MONSA. ¡Ofuscación! Los celos te ciegan.

JUAN. No me ciegan, me iluminan. Son como la fe.

MONSA. ¡Oh, qué delirio!

JUAN. ❂ A la luz de mis odios veo las honduras negras del alma de Berenguer. Ese hombre no es lo que parece. Es la serpiente criada en la podredumbre de las logias, y que, arrastrándose, viene hasta nosotros y nos acecha para matarnos, no con su fuerza, sino con su veneno.

MONSA. Hijo del alma, me aterras. ❂

JUAN. (Con amargura rencorosa.) Vivimos en pleno terror. España es una jaula de locos delirantes. Las ideas no son ya ideas, sino furores. Luchamos ellos y nosotros, no por vencer al contrario, ni aun para someterlo, sino para destruirlo.

Por mi parte, exterminaré y arrasaré cuanto se me ponga por delante... No hay remedio; los desprecios de una mujer son nubes tempestuosas que en alguna parte y de algún modo han de causar estragos.

MONSA. ¿Qué haría yo para librarte de esa horrible aprensión? (Con una idea feliz.) Hijo mío, sea ó no culpable Berenguer, mándale hoy mismo á la facción del Trapense, que es la que opera más lejos.

JUAN. ¡Y se iría riéndose de mí!... No, madre. Podría su doblez ser más perniciosa en otra parte. (Con saña.) No; aquí vino con las artes de Judas, fingiéndose amigo para herirnos, para deshonrarnos... Pues aquí se queda, aquí.

ESCENA V

DICHOS; DOÑA SATURNA y BERENGUER, por el foro; al fin de la escena, CASTELL y BONALD.

BERENG. (Viendo á D.ª Monsa al entrar.) Aquí está, señora.

SATURNA. Gracias á Dios que te encuentro.

MONSA. Pero ¿qué es de ti?

SATURNA. Buscándote por todas partes. Gracias al señor de Berenguer, cuya finura y amabilidad merecen mi reconocimiento (Se hacen ambos una reverencia), he podido franquear ese laberinto de patios llenos de pertrechos, y tantos baluartes y galerías.

MONSA. Pero ¿no ibas con San Valerio?

SATURNA. Sí. Por cierto que rectifico la opinión que de la cortesía de ese sujeto había formado.

JUAN. Pues ¿qué ha ocurrido?

SATURNA. Figúrense ustedes... Acompañóme á casa, y

al llegar allá, no hacía más que correr de sala en sala... Es inteligente, eso sí, en cuadros, tapices y bargueños. Pues señor, concluyo mi tarea; hago desarmar las camas; dispongo lo que ha ser llevado á San Roque y aquí, y cuando quiero salir, busco á mi caballero *servente*, y no le encuentro por parte alguna.

MONSA. ¿Voló?

BERENG. Sin duda exigencias del servicio...

SATURNA. No hay servicio que deba anteponerse á las atenciones que merecen las damas... Y lo más extraño es que se quedó con mi ridículo.

JUAN. Ya parecerán el ridículo y el hombre.

SATURNA. Sí, sí; disculpáis la descortesía, la falta de buenas maneras, sin reparar que esa es la verdadera causa de que se entronicen las revoluciones. Ya no hay caballeros... Ved como sube y nos ahoga la desvergüenza popular.

JUAN. Sin duda.

SATURNA. Pero en fin, ya estoy aquí, gracias á la amabilidad de este señor, que se ha dignado acompañarme.

JUAN. (Displicente.) ¿Y qué hacía en aquélla parte de la ciudad el señor de Berenguer?

BERENG. Iba en busca de vuecencia para permitirme hacerle una petición.

JUAN. ¡Qué casualidad! Yo vine aquí en busca de usted con deseos de hablarle.

BERENG. A las órdenes de vuecencia.

SATURNA. (A doña Monsa.) Tú dirás si vamos á San Roque.

MONSA. Iremos, sí...

SATURNA. He mandado á Susana que cuide con sus amigas de vigilar el servicio en el hospital de oficiales.

JUAN. (Vivamente.) No hace falta.

MONSA. Vigilaremos nosotras. Y mi parecer es que prohibamos á la niña salir de casa. (Consulta con una mirada á don Juan, el cual lo aprueba. Oyese marcha fusilera con pífanos y tambores. Entran por el foro sucesivamente Castell y Bonald.)

SATURNA. La Regencia sale del solemne rosario en Santa María, y se dirige á su palacio...

CASTELL. Mi General, los señores Regentes desean que vuecencia asista á la sesión... Asisten también todos los secretarios del despacho y el prior de Dominicos.

BONALD. Mi General...

JUAN. (Muy displicente.) ¿Qué?... ¿qué más?

BONALD. En la Ciudadela esperan á vuecencia las fuerzas que van á salir.

JUAN. (Colérico.) Pero ¿tengo yo veinte cuerpos? Al castillo, á la Regencia, al hospital, ¡al demonio!

MONSA. (Procurando apaciguarle.) ¡Hijo, por Dios!...

SATURNA. (A doña Monsa.) Vámonos ya.

MONSA. Voy. (Aparte á don Juan, aludiendo á Berenguer, que permanece alejado del grupo principal.) Haz lo que te dije... Aléjale... Tierra por medio.

JUAN. Ya, ya... ¡Tierra... se pondrá! (Don Juan hace á los Oficiales seña de que se retiren, y se van acompañando á las señoras.)

ESCENA VI

DON JUAN y BERENGUER

JUAN. ¿Tenía usted que hablar conmigo?

BERENG. Sí, mi General.

JUAN. Yo también con usted.

BERENG. Pues hable primero vuecencia.

JUAN. No; primero usted.

BERENG. La gerarquía exige...

JUAN. Usted primero. Lo mando.

BERENG. Obedezco. Pues quería suplicar á vuecencia que me destine á las partidas que operan fuera de la plaza.

JUAN. (Con ironía.) Desea usted combatir.

BERENG. Sí, mi General.

JUAN. Comprendo y aplaudo su ardimiento. Pero militares de tanta valía, de lealtad tan probada, son más necesarios dentro que fuera de la plaza.

BERENG. Estoy á sus órdenes.

JUAN. Y ahora yo. Señor Berenguer, voy á dar á usted la mejor y más gallarda prueba de confianza. Usted arde en deseos de probar su destreza, su arrojo en defensa de los grandes principios.

BERENG. Es verdad. Los grandes principios, la justicia sobre todos, me trajeron aquí.

JUAN. Ese amor á la justicia invoco yo para asociarle á un trabajo menos brillante, pero más fecundo que las operaciones militares.

BERENG. Vuecencia dirá.

JUAN. Sospecho, mejor dicho, sé que dentro de la plaza hay traidores. Pero no puedo señalarlos... no los conozco.

BERENG. ¿Y qué?

JUAN. Que yo encargo á usted la delicada misión de descubrirlos.

BERENG. Mi General, estimando la confianza, debo decir á vuecencia que no soy espía ni polizonte.

JUAN. ¿Se ofende usted?... Espero que el señor Berenguer lo pensará mejor y comprenderá que cuantos defienden al Rey absoluto están obligados á servirle en aquello que se les encarga.

BERENG. Yo...

JUAN. (Sin dejarle continuar.) Permítame usted. A media noche le espero en mi sala de armas con las noticias que haya podido adquirir, y que desde luego aseguro han de ser preciosas. En cuanto me las comunique, celebraremos el descubrimiento con un asalto.

BERENG. Está bien.

JUAN. A florete sin botones, ó á espada española, como usted quiera.

BERENG. Lo que vuecencia guste.

JUAN. Sí; porque de otro modo, la esgrima es juego de chicos, impropio de usted y de mí. ¿No piensa usted lo mismo?

BERENG. Exactamente.

JUAN. Y no digo más.

BERENG. Y es bastante.

JUAN. Hasta la noche, señor de Berenguer.

BERENG. Mi General, hasta la noche. (Vase por el foro.)

ESCENA VII

BERENGUER y BONAIRE

BERENG. (Con amargura y desaliento.) ¡Ah, tirano rencoroso! Quieres someter mi vida y la tuya al juicio de Dios. No; juicio no. La vida me pesa como una maldición, y te la entrego. Quítamela, y te lo agradeceré.

BONAIRE. (Por el foro derecha, muy asustado y descompuesto.) ¡Al campo, al fuego! Quiero una bala, una santa bala que me quite esta vida indecente. (Se pasea muy agitado por la escena.)

BERENG. ¿Qué tienes, Bonaire?

BONAIRE. ¿Qué he de tener?... nada, que me voy á la

facción ahora mismo en busca de mi salud, que es la muerte.

BERENG. Lo mismo digo de mí. Pero yo no salgo. Aquí encontraré mi remedio. ¿Qué te pasa?

BONAIRE. ¡Que están ahí!

BERENG. ¿Quién?

BONAIRE. ¿Quién ha de ser sino las mismísimas potencias infernales? Mi mujer y mis cuatro suegras; digo, dos. ¡Ay! anoche tuve los primeros barruntos de que vendrían. Me dolían todos los huesos, graznaban las lechuzas, y en el cielo vi unas nubes muy feas en figura de dragones, dromedarios y salamandras. ¡Infeliz de mí! Han llegado hoy, y están en la casa del Marqués de Tremp. Mi mujer es prima de Blasa. Vienen á buscarme... (Llorando.) y á pedir á la Regencia que me entreguen á ellas vivo ó muerto. No; vivo, de ninguna manera. Les entregarán mi cadáver.

BERENG. Tú ves fantasmas, pobre Bonaire.

BONAIRE. ¡Ah! No son fantasmas, sino demonios reales y monstruos efectivos. Yo no los he visto; pero me lo ha dicho Blasa, que vino á traerme un recado para usted.

BERENG. ¿Qué?

BONAIRE. (Desmemoriado.) ¿Qué?... Pues se me ha ido de la cabeza... ¿Qué era, Señor?... Vaya una tontería olvidárseme... ¡Ah! Pues que esta noche vendrá doña Susanita...

BERENG. ¿Es de veras? (Disgustado.)

BONAIRE. Sí. Le han mandado que no salga. Pero ella, como es así, se escapará luego con Blasa y vendrá al hospitalito, de donde se dejará caer aquí como al descuido... Conque ya lo sabe, para que la espere...

BERENG. Pues me hará el favor de ir en busca de Blasa y decirle...

BONAIRE. ¡Yo!

BERENG. Sí; que advierta á Susana que no venga. Sé que la vigilan...

BONAIRE. ¡Yo... yo ir allá, yo!... Pero ¿está usted loco? Ni por todo el oro del mundo, ni por una corona imperial voy yo ahora á la casa de Tremp.

BERENG. ¡Qué tonto!...

BONAIRE. Pídame usted que me meta en una cueva de leones hambrientos; pero no me pida que vaya donde sé que están mis verdugos... No; no. Yo me voy al campo, á la facción. Señor Berenguer; vámonos juntos, puesto que ambos nos tenemos por desgraciados. Huyamos de este infierno, y busquemos ante el enemigo la gloria y la dicha del morir.

BERENG. Yo no puedo salir ahora.

BONAIRE. Pues sepa que usted y sus amigotes corren peligro... ¡Pero qué peligro, San Odón de mi alma! Un guerrillero que ya está gozando de Dios, y otro que está gravemente herido, pero que no quiere morirse ni á tiros, saben... vamos, que oyeron hablar á San Valerio y á Fabricio... ¡Ay! Pongámonos en salvo, Berenguer amigo.

BERENG. No... yo no puedo. ¿Qué temes? Que alguien descubra y delate... Por mí nada me importa ya. La mentira en que vivo llena mi alma de una consternación indecible. Esta máscara infame me quema el rostro. Me la pusieron, me la puse, celebrando un pacto con el infierno, en momentos de obcecación... ¡Ay! hora tremenda; de angustia y pavor... mi madre mo-

ribunda, yo amenazado de nuevas persecuciones. Pero ya no más, ya no más. Mi conciencia estalla. No puedo mentir. Prefiero la muerte á la ignominia. Morir, sí, y quédense en manos de Dios todas las venganzas y todas las justicias.

ESCENA VIII

BERENGUER, BONAIRE y SAN VALERIO

VALERIO. (Presuroso por el foro.) ¿Estás aquí?... He visto todo el interior de la casa de Tremp, y traigo el plano aquí (En la mente), y en el ridículo de la señora diplomática (Mostrando el ridículo de doña Saturna.) dos cartas preciosas...

BERENG. ¿Persistes en llevar adelante tu plan?

VALERIO. Si no nos matan de aquí á la madrugada, el sol de mañana no alumbrará la Regencia de Urgell. (Mirando el palacio de la Regencia.)

BERENG. ¿Has pensado en el riesgo inmenso?...

VALERIO. He pensado todo lo que puede pensar la audacia. Tu frialdad ve los peligros... Mi entusiasmo ardiente no quiere verlos.

BONAIRE. (¡Dios nos asista!)

BERENG. Yo no temo por mí, sino por vosotros.

VALERIO. Yo por nadie temo. Todo está prevenido; imposible retroceder... Muerte y destrucción. Perezca el servilismo. El gran principio que defendemos todo lo santifica. (A Bonaire.) Oye... ¿Sabes tú quién podría llevarme un aviso al Coronel Rotten?

BONAIRE. ¿El que manda las avanzadas de Mina?

VALERIO. Sí... y pronto, ahora mismo.

BONAIRE. Pues para esa comisión se necesita el hombre más bravo del mundo.

VALERIO. Tiene que franquear las líneas de la facción de Misas y Romagosa.

BONAIRE. Es preciso ser pájaro, lagarto y león, todo en una pieza. Y de esa casta de fenómenos no existe más que uno en la tierra.

VALERIO. Y eres tú.

BONAIRE. Que á estas cualidades añado la precisión absoluta de tener que salir de la Seo huyendo de las furias que me persiguen. Yo llevo el parte.

VALERIO. Bien: pruébame tu valor y tu sutileza.

ESCENA IX

DICHOS; FABRICIO, por el foro, presuroso y con recelo de ser visto en la calle.

FABRIC. Aquí estoy.

VALERIO. Creí que no llegabas. (Aparte los dos á la izquierda.)

FABRIC. Pues no sé... ¿Te parece que ha sido poca tarea? Con tanto sigilo y tal exceso de precauciones, imposible andar muy deprisa.

VALERIO. Bueno, ¿qué hay?

FABRIC. Decisión, entusiasmo, coraje. Todo prevenido.

VALERIO. ¿No nos faltará alguno en el momento preciso?

FABRIC. Ninguno. Respondo con mi cabeza.

VALERIO. La ocasión que hemos escogido no puede ser más oportuna.

FABRIC. Esta noche no pasa de setenta hombres la guarnición de la plaza. Me lo ha dicho Berenguer.

VALERIO. ¿Sabes que de éste no me fío?

FABRIC. ¿Que no? (Durante este diálogo, Bonaire se ha acercado

á Berenguer, y con vivos ademanes le quiere convencer de la necesidad de huir.)

VALERIO. Berenguer.

BERENG. ¿Qué mandas?

VALERIO. Se aproxima el instante decisivo. La gloria y la muerte nos contemplan. A ti no pienso confiarte en esta locura... porque locura es de las que conducen á la perdición ó á la victoria... no te señalo, digo, ningún servicio de carácter militar...

BERENG. ¿Pues qué? ¿Qué tengo que hacer?

VALERIO. Ante todo, no habrás olvidado tu compromiso.

BERENG. No puedo olvidar que he venido aquí contratado de revolucionario y conspirador. He jurado fidelidad á vuestra bandera, cuyos lemas son la intriga tenebrosa y la guerra de exterminio.

VALERIO. Vamos al caso. Esta noche tienes entrevista con Susana.

BERENG. No sé... No debe venir.

VALERIO. Pero viene. Yo lo sé.

BERENG. Bueno, ¿y qué?

VALERIO. Que en la entrevista que te haga la niña esta noche, has de conseguir de ella...

BERENG. ¿Qué, por Cristo?

VALERIO. Ya te lo dije esta mañana. Que nos traiga... la correspondencia del Rey con los Regentes... que está archivada en la casa de Tremp.

FABRIC. Figúrate si es pieza de valor. Los poderes que ha dado Fernando á estos caballeros para constituirse... y que nosotros, si triunfamos, presentaremos á las Cortes en testimonio de...

BERENG. (Indignado.) Yo no puedo pedir á Susana eso. Semejante infamia es impropia de ella y de mí.

FABRIC. ¿Ves? No nos sirve...

VALERIO. No es infamia... es un servicio político. La santidad de la idea es el Jordán que todo lo limpia.

BERENG. Me he contratado de revolucionario, de guerrillero, de asesino, si queréis; pero no de ladrón de papeles.

FABRIC. ¡Qué tontería!

VALERIO. (Colérico.) Berenguer, mira lo que dices.

BERENG. Lo he mirado bien.

BONAIRE. (Que ha estado vigilando por el fondo.) Ahí está la niña. Viene con Blasa. (Vuelve al foro.)

VALERIO. ¡Si es un acto político como otro cualquiera!...

BERENG. No...

BONAIRE. Han entrado en el hospital para hacer que visitan á los heridos. No tardará la niña en aparecerse por ahí...

VALERIO. Vámonos...

BERENG. (Acercándose á la puerta derecha y tratando de ver el hospital.) Quizás no pueda pasar por aquí... No se atreverá.

VALERIO. Hay que vigilar á este hombre.

FABRIC. Yo me encargo... Veré y oiré.

VALERIO. Yo vuelvo al instante. Voy á la muralla. Bonaire, ven.

BONAIRE. A tus órdenes, Gran Maestre. (Vanse San Valerio y Bonaire. Fabricio se va también; pero en distintos momentos de la escena que sigue se le ve aparecer tras el esquinazo de la izquierda, vigilando.)

ESCENA X

BERENGUER; luego, SUSANA

BERENG. ¿Vendrá? No sé si lo temo o lo deseo... (Con desesperación.) ¡Dios, Dios, cómo has hecho al hombre, cómo me has hecho á mí! No me conozco,

no sé quién soy, pues amo á esa mujer con el mismo corazón, con la misma alma con que aborrezco su nombre y su raza. ¡Ah!... aquí está.

SUSANA. (Aparece en la puerta y examina inquieta toda la escena antes de avanzar.) Berenguer... (Imponiendo silencio.) Pst... mucho cuidado esta noche...

BERENG. Cuidado, siempre.

SUSANA. Mi primo, el General Caraculiambro, como tú dices, ha mandado vigilarme... ¿Nos verá alguien, Berenguer?

BERENG. No creo...

SUSANA. Y si nos ven y nos oyen...

BERENG. Pues nada.

SUSANA. Dirán: ¡cuánto se quieren esos! Verás lo que he tramado para venir aquí. Mis tías están en San Roque. Su orden de no salir de casa se acata, pero no se cumple. Me echo a la calle pensando en que hace mucha falta mi presencia en los hospitales, y decido empezar mi visita por éste. Ahí he dejado á Blasa de guardia, para que me avise en cuanto la cara de alguna de mis tías aparezca en el horizonte visible.

BERENG. ¡Ay, Susana! tus mentiras, como inventadas por el amor, son graciosas, inocentes, y no dejan rastro en nuestro espíritu. Otras hay que lo agobian con pesadumbre irresistible...

SUSANA. ¡Tétrico estás! Berenguer, me causas miedo... Y no puedo menos de relacionar esas tristezas tuyas con algo que... ¿te lo digo?

BERENG. Dímelo.

SUSANA. Mira que es muy grave. Yo no lo he creído, no. No he hecho más que asustarme.

BERENG. Dilo pronto.

SUSANA Pues sospechan que tú... Mi primo, ese loco sanguinario, es el que lo ha dicho al secretario de Hacienda... á mi tío y al Arzobispo.

BERENG. ¿Qué?

SUSANA. Un embuste ridículo... Pues que tú... Sospechan que tú no eres lo que pareces, y que bajo el antifaz que te has puesto para engañarnos, se esconde el patriota exaltado, el jacobino furibundo. ¡Dios mío, qué noche he pasado, atormentándome con la idea de que resultara verdad, y que te descubrían, y á los cinco minutos te fusilaban sin compasión. No quiero decirte que me fusilaban también á mí.

BERENG. A ti, ¿por qué?

SUSANA. Porque sí... Abrazándome á ti en el momento de... las mismas balas nos atravesaban á los dos.

BERENG. ¡Corazón generoso y amante, no te merezco! Dime, Susana; respóndeme con plena conciencia: si lo que sospecha tu primo fuera verdad...

SUSANA. ¡Oh!... (Asustada.) ¿Qué dices?

BERENG. No te asustes, y respóndeme. Si yo fuera tal como cree ó aparenta creer tu primo, ¿me querrías lo mismo?

SUSANA. (Vivamente.) Pero como no es...

BERENG. Responde, te digo.

SUSANA. (Reflexionando.) Pues... en ese caso... (Decidiéndose.) Te he dado mi corazón, y no podría volver á tomarlo aunque quisiera. Si fueses traidor, yo sería traidora, y los dos correríamos la misma suerte.

BERENG. ¡Oh! ¡Bendita mujer, por más que busco y revuelvo en tu alma, no encuentro en ella ni un punto en que pueda fundarme para dejar de quererte!

SUSANA. (Confusa.) ¿Qué quieres decir?

BERENG. Oyeme; (Con gran entereza.) lo que sospecha ese hombre (Pausa; ambos se miran aterrados)... es verdad. (Susana se queda inmóvil y como petrificada. Retrocede mirando á Berenguer sin poder articular palabra.) Sí... Este secreto no cabe en mí. Quiere salir. (Con horrible angustia.) ¡Oh, Dios, cuánto padezco! El secreto y el amor se pelean dentro de mi alma, y destrozándose me destrozan, y mordiéndose me muerden á mí... (Airado contra sí mismo se golpea.)

SUSANA. (Trémula.) ¡Ay de mí!

BERENG. ¿Tiemblas?

SUSANA. Me muero. Cae desfallecida en el banco y se cubre el rostro.)

BERENG. Sí... Aparta de mí tus miradas, porque verías en mi rostro la infamia de olvidar á los míos por quererte. Desatada en mí la verdad, lo que diré todo, aunque tu alma se desgarre en la desesperación como la mía. Víctima fuí de la facción sañuda que representas tú y tu familia. He venido aquí con engaño para ser lo fuísteis con los míos, falaz primero, después brutal, sanguinario; he venido á castigar la iniquidad con iniquidad, los crímenes con crímenes. Triste condición de la humanidad... ya ves... Que no siente verdaderamente la justicia sino por la venganza... (Con amargura.) Y si la venganza no existiera, ¡qué poca, qué poca justicia habría en el mundo!

SUSANA. ¡Oh, qué horrible! Pero yo, Dios mío, ¿qué culpa tengo?

BERENG. (Acercándose á ella.) Ninguna. La fatalidad ha inventado esta burla, este sarcasmo...

SUSANA. (Vivamente.) ¿Qué?

BERENG. Que tú seas buena. Fatalidad, no. La Providencia ha querido que tus ojos, más que por los míos, vea yo la infamia de mi falsedad al entrar aquí. El amor hace estos milagros. Pero no acaba, no, de cegar el abismo. Cuando más descuidados estemos, saltará una ocasión, un incidente, que haga revivir aquel pasado terrible, y nos espantaremos, tú de considerar quien soy, yo de considerar quien eres. (Muy inquieto.) Susana, perdóname mi engaño. Somos incompatibles... Si odiosa es la venganza, ignominioso es que yo te quiera... Aléjate de mí... Muramos el uno para el otro... Tú puedes aún consolarte y ser feliz... Para mí no hay consuelo... ni más solución que la muerte...

SUSANA. ¡Qué obcecación! Y ese odio á mi padre y á mi familia, ¿no puede ser infundado? ¿Quién te dice que no hay en ello error, falsas historias?...

BERENG. No; no son falsas... son historias reales, vívidas. Las han presenciado estos ojos, que ahora reproducen imágenes sangrientas (Cerrando los ojos.) horrores que veo cuando no quiero verlos... (Desechando una imagen.) No quiero, no... Yo he visto á mi padre caer, atravesado el pecho, en la masía de Clariá, á donde fué conmigo y tres servidores nuestros con objeto de rescatar á mi hermana, burlada y prisionera. ¡Qué infamias, qué horrores amparan con su sombra las banderas políticas!... Mataron á mi padre los sectarios de aquel que no nombro, no puedo nombrarlo, capitán de asesinos y ladrón de honras. Con dificultad logré defender mi vida, que habría entregado también á la infame turba si no la necesitara para ir

en socorro de mi madre, á quien pude salvar, llevándola hasta la frontera... De mi hermana supimos que murió á los dos meses de vergüenza y terror...

SUSANA. (Llorando le interrumpe.) No sigas, ten piedad de mí.

BERENG. Mi casa y mi familia se hundieron para siempre.

SUSANA. No es tu apellido Berenguer.

BERENG. Es mi nombre. Berenguer de Claramunt...

SUSANA. Y olvidas que tu santa madre murió perdonando á sus enemigos. Ejemplo sublime que no has sabido imitar.

BERENG. Quiero, sí... Pero no tengo esa virtud... (Transición del abatimiento á la ira.) Susana, huye de mí, te digo. Tu corazón, hermoso y sano, podría encontrarse con las serpientes que salen del mío... ¿Para qué me has hecho evocar estos recuerdos lúgubres?... En mí renace el espíritu de facción, ese sentimiento irresistible que todo lo arroya, que nada respeta...

SUSANA. Yo no tengo espíritu de facción. Y como libre de esa locura, no me voy, no te dejo, no puedo abandonarte. Tu vida está en gran peligro.

BERENG. Déjala. Mi vida no vale tu interés por salvarla.

SUSANA. Sí lo vale, sí. Tu vida me importa mucho. Ya ves, soy más generosa que tú, y borro el pasado, lo arrojo de mí y abomino de él.

BERENG. Susana, te admiro; pero no puedo imitarte. (Con terrible lucha.) Soy hombre; el hombre es esclavo del pasado.

SUSANA. Pues yo, mujer, vivo en el presente, mirando impávida el porvenir. Quiéraslo ó no, he de ser tu redentora.

BERENG. En mi vida, en mi destino, mando yo.

SUSANA. En todo eso mando yo, porque algo de eso es mío, ó debe serlo, y yo quiero, y Dios también quiere que lo sea.

BERENG. ¡Sublime criatura! ¡Cuánta grandeza en ti!... ¡Terrible sino el que de mí te separa!

SUSANA. (Con entusiasmo.) Rompamos ese sino, hagámoslo trizas.

BERENG. Imposible. Es más fuerte que nosotros.

SUSANA. Pues yo te salvo, yo arreglaré que puedas salir de la plaza disfrazado antes de media noche.

BERENG. ¡Qué delirio! No puede ser. (Oyese la Ronda lejana; pínfanos y tambores se acercan lentamente.)

SUSANA. ¡La Ronda!

BERENG. Se cierran las puertas de la plaza.

SUSANA. ¿Pasan por aquí?

BERENG. Sí. (Mirando por el foro.) Viene también tu primo con toda la plana mayor. ¡Retírate, por Dios!

SUSANA. Aguarda.

BERENG. (Muy inquieto.) No, no... El escándalo sería tu perdición.

SUSANA. La mía no... la tuya.

BERENG. (Empujándola.) Pronto.

SUSANA. Entraré en el hospital hasta que pasen esos... Pero con una condición.

BERENG. ¿Qué?

SUSANA. Júrame por la memoria de tu madre que me aguardarás aquí.

BERENG. Bien. Te lo juro... Ya vienen; ya están aquí... Pronto.

SUSANA. Que me esperes.

BERENG. Sí, sí...

SUSANA. (Con solemne acento.) Dios me ilumina. (Con gran tenacidad y energía.) Quiéraslo ó no lo quieras, yo salvo tu vida... la compro, la gano, la robo, no sé... Porque es mía, tan mía como estos

ojos con que te veo... y no me la dejo quitar, ¡no, no, no!... Contra cielo y tierra la defiendo. (De una carrera entra en el hospital. Pasa la Ronda. San Valerio aparece por la calle, y escabulléndose entra en el cuarto de la derecha y se encierra, como esperando á que se despeje la escena.)

ESCENA XI

BERENGUER y DON JUAN, que viene tras de la Ronda, seguido de varios militares. Berenguer avanza hacia la calle; encuéntrase frente al General, á quien saluda.

JUAN. (Deteniéndose al verle.) ¡Ah!... Berenguer... ¿Ha empezado usted sus investigaciones?

BERENG. Sí, mi General... Pero hasta ahora no he podido descubrir más que uno.

JUAN. Quizás nos baste... Luego me dará usted cuenta.

BERENG. A media noche... (Continúa don Juan seguido de los militares por el foro de la derecha.)

ESCENA XII

BERENGUER, SAN VALERIO y FABRICIO

BERENG. ¿Volverá hacia aquí? (Mirando al interior.) Entra en el palacio de la Regencia... (Receloso, mirando al hospital.) Aguardaré á Susana...

VALERIO. (Entreabre la puerta de su cuarto.) Pasó la Ronda.. Está solo... Espera á Susana.

FABRIC. (Avanza presuroso por el foro hacia Berenguer, á quien coge por un brazo.) ¡Traidor!

BERENG. (Irritado.) Suéltame.

VALERIO. (Avanzando hacia él. Cogiéndole por el otro brazo.) ¿Y qué? ¿Te traerá esa niña loca los papeles de la Regencia, los poderes del Rey?

BERENG. (Secamente.) No.

FABRIC. (Cogiéndole por el otro brazo.) Si lo que ha hecho es denunciarse, desembuchando mil tonterías sentimentales.

VALERIO. ¿Qué has hecho?

BERENG. (Soltándose.) Ceder al impulso de mi conciencia, que se desbordaba. He revelado á Susana mi engaño. Nada he dicho del vuestro.

VALERIO. ¡Oh!... Pero el secreto y el peligro son solidarios... Infame, al denunciarte faltas a tu compromiso. (Le vuelve á coger del brazo.)

FABRIC. ¡Miserable, así pagas nuestros beneficios!

VALERIO. Ante el cadáver todavía caliente de tu madre nos dijiste: «Mi voluntad, mi vida os pertenecen.»

BERENG. Y por su santa memoria os digo ahora que no soy vuestro.

VALERIO. ¡Traidor!

BERENG. Dejadme os digo, fieras, demonios, ó lo que seáis... He revelado á Susana lo que me incumbía. Ni una palabra he dicho que os comprometa, ni la diré. Nadie sospecha de vosotros.

FABRIC. Es que tu conducta puede comprometernos...

VALERIO. Te creo capaz de delatarnos.

BERENG. Eso nunca. Moriría cien veces antes de decir una palabra en contra vuestra.

FABRIC. (Que ha mirado por la puerta del hospital.) La niña vuelve...

BERENG. Dejadme solo...

VALERIO. Te acecharemos, y al menor indicio de traición... (Amenazante.)

BERENG. Ya viene...

FABRIC. (Llevando á San Valerio detrás del esquinazo.) Ocultémonos aquí.

ESCENA XIII

BERENGUER y SUSANA; SAN VALERIO y FABRICIO, ocultos.

BERENG. Vuelves al fin...

SUSANA. (Consternada.) ¡Sí; vuelvo con el espantoso enigma descifrado!

BERENG. ¿Qué dices?

SUSANA. Ya sé la verdad. San Valerio y Fabricio son los traidores. Fingiéndose amigos entraron en la plaza para apoderarse de ella con un atrevido golpe de mano.

BERENG. ¿Quién te ha dicho eso?

SUSANA. Un pobre guerrillero moribundo... Esos locos sectarios han traído gente allegadiza, traidora como ellos, y derramando el oro, han corrompido á muchos de nuestros leales.

BERENG. (Vivamente: muy agitado.) Eso no es verdad. El único traidor soy yo.

SUSANA. No te vale el acusarte. Eres inocente; pero aunque no lo fueras, yo haré que lo parezcas, y te salvaré.

BERENG. (Irritándose gradualmente.) Te digo que no hay aquí más traición que la mía.

SUSANA. Los culpables son ellos, y ahora mismo los denunciaré á la Regencia.

BERENG. (Cogiéndola violentamente por una mano.) ¡Susana!

SUSANA. (Queriendo soltarse.) Déjame.

BERENG. No harás esa denuncia, Susana.

SUSANA. ¿Por qué?

BERENG. Porque te lo prohibo... No la harás.

SUSANA. Sí lo haré. Por ti nada temas. Respondo de facilitarte la fuga.

BERENG. No. Huyan si quieren San Valerio y Fabricio. Yo me quedo, y la responsabilidad de lo que ocurra después, caiga sobre mí. Yo pagaré por todos.

SUSANA. ¿Tú? Y me propones tal absurdo á mí, que te quiero, que... Berenguer. (Con vivo movimiento se suelta.)

BERENG. No irás, te digo... (Con gran energía.) No harás esa denuncia. Yo no quiero. (Intenta cogerla, y ella se escapa poniéndose á distancia.) ¡Oh! Ven... aguarda... Susana. (Corre hacia ella y la coge ambos brazos.)

SUSANA. Suéltame... lo haré... Sólo matándome podrás impedirlo.

BERENG. (Estrechándola fuertemente.) Obedéceme... ¿No ves mi rabia?... ¿No temes que mi locura llegue al frenesí? (La oprime en un abrazo frenético.)

SUSANA. Me ahogas...

BERENG. Sí... no te dejo, no... (Salen de su escondite San Valerio y Fabricio, y avanzan cautelosamente.)

SUSANA. (Que les ve antes que Berenguer, y da un grito). Esos hombres...

VALERIO. (Aparte á Berenguer.) Cumple tu deber si no quieres ser el más vil de los traidores.

FABRIC. (Idem.) Mátala, ó estamos perdidos.

VALERIO. Que no salga viva de aquí.

BERENG. ¿Qué decís? (Suelta á Susana, pero queda junto á ella como protegiéndola.)

FABRIC. (Sacando un puñal.) Si no cumples tu deber como honrado patriota, esclavo de tu causa, lo cumpliré yo. (San Valerio hace ademán de sacar un arma.)

BERENG. ¡Al diablo la causa! (San Valerio y Fabricio avanzan hacia Susana en actitud amenazadora.) Atrás, fanáticos. Esta mujer es sagrada, y el que la ofenda sabrá quién es Berenguer de Claramunt. (San Valerio y Fabricio se sobrecogen ante la actitud resuelta de

Berenguer.) Perezca todo antes que ella. Vale más que todas las banderas, que todos los agravios y vindicaciones de este mundo y del otro.. (Con fiereza.) El que quiera ir al infierno, que se atreva á dar un paso. (Aparecen Oficiales y Soldados.)

ESCENA XIV

DICHOS; DON JUAN y su séquito; EL MARQUÉS DE TREMP, acompañado de otros personajes que permanecen en el foro.

JUAN. (Escandalizado.) ¡Qué es esto! ¡Aquí Susana!...

MARQ. ¡Oh! ¡Qué ignominia!

VALERIO. (Sin saber qué decir.) Ese infame...

JUAN. Berenguer, ¿eres traidor?

BERENG. (Con energía.) Sí.

SUSANA. (Frenética.) ¡No, mil veces no!

BERENG. Lo soy.

SUSANA. ¡Mentira! (Señalando á San Valerio y Fabricio.) Los traidores son aquéllos... aquéllos.

MARQ. Prendedles á todos. (Los Soldados se acercan á los conjurados.)

SUSANA. Yo os revelaré sus infamias.

JUAN. Y las de Berenguer...

BERENG. Las mías...

SUSANA. (Denegando con desesperación.) No, no; es inocente.

BERENG. (Concluyendo la frase.) Las mías... las revelaré yo.

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

Sala en el cuartel de San Juan. Puertas laterales; la de la derecha conduce á la calle; la de la izquierda comunica con la sala de armas. Al fondo puerta grande con verja, tras de la cual se ve otra estancia que comunica con la sala del Consejo. Bancos y tarimas. Es de día.

ESCENA PRIMERA

BERENGUER, sentado á la derecha en un banco, meditabundo; á la izquierda, en otro banco, SAN VALERIO; junto á él, FABRICIO, dormido; BONAIRE, sentado en el suelo junto á San Valerio; BONALD. Guardia en la puerta.

VALERIO. (Impaciente y colérico, dándose un golpetazo en la rodilla.) ¡Maldición de maldiciones!

BONAIRE. ¿Se impacienta el Gran Maestre?

VALERIO. Sí... y juro por las ternillas de Holofernes, que deseo llegar al fin, cualquiera que sea.

BONAIRE. Estamos lucidos. Y gracias que no os han metido en las mazmorras fétidas y oscuras. Están llenas de carne de cañón, los pobrecitos que formaban vuestro ejército revolucionario. A vosotros, los jefes, os han puesto en esta sala hasta que llegue la hora de comparecer ante el Consejo de guerra, el cual dispondrá que seamos reducidos á polvo.

VALERIO. Pero tú, intrépido Cocles Horacio, estarás en tus glorias. Deseabas una bala, y vas á tener... ocho lo menos.

BONAIRE. Esto es una infamia... ¡Protesto! Yo no soy traidor... Soy filósofo... digo, pastelero.

VALERIO. ¡Ay! En estos lances, la pastelería, aun siendo filosófica, tiene sus quiebras.

BONAIRE. Figúrate que estaba yo tan tranquilo en Tresponts, después de entregar tu carta, cuando me traen el cuento de que los tres dragones infernales habían ido en mi seguimiento, y me buscaban de casa en casa por todo el pueblo. Saberlo y venirme para acá en la primera caballería que encontré, fué todo uno. Llego al amanecer, y ¡zás! me trincan... Todo porque uno de los andorranos dijo si yo era ó no era... En fin, San Odón bendito nos ampare...

VALERIO. Sí; fíate de San Odón. (Bajando la voz.) Mejor invocaría yo á San Espoz y Mina.

BONAIRE. (Con mucha cautela.) ¿Sabes, amigo Valeriano, que aquello anda mal?... digo, bien para nosotros. Misas no podrá resistir más tiempo, y si los liberales siguen avanzando, pronto les tendremos á dos leguas de aquí, y la serenísima Regencia tendrá que tomar con toda su serenidad el caminito de Francia.

VALERIO. (Imponiendo silencio por la proximidad de Bonald.) Chitón.

BERENG. (Que poco antes ha empezado á hablar con Bonald, que se acerca á darle ánimos.) Mi deseo es abreviar, llegar pronto al fin. Esta tristísima expectación me anonada.

BONALD. No basta la entereza, amigo mío, hay que tener calma.

BERENG. Pero ese maldito Consejo, ¿cuándo se reúne?

BONALD. Creo que á las diez. Pero antes les darán á ustedes algún alimento.

BERENG. Vale más que nos despachen pronto, y así se ahorran la comida.

BONALD. (Dirigiéndose al otro grupo.) Pronto comerán todos.

FABRIC. (Despertándose.) Santa palabra.

BONAIRE. Y nos cebarán, como si ya estuviéramos en capilla, dándonos buenas magras, pavos, y tocino del cielo.

VALERIO. Verás como no. Rancho de patíbulo nos darán estos bárbaros. (Alto, para que lo oiga Berenguer.) Y si hay golosinas, serán para el señorito de la casa, para el angelical Berenguer.

BERENG. Cállate, infame. Respeta la común desgracia.

BONAIRE. Sí; no es ocasión de bromitas.

VALERIO. Y tú, ¿para qué echas roncas? ¡Ah! No siento la falta de libertad más que por no poder darte el castigo que mereces.

FABRIC. Por tu culpa estamos todos aquí.

BERENG. ¿Qué hablas ahí, menguado? Tu fanatismo no es menos odioso que el de nuestros verdugos. Yo fuí tu discípulo, ¡desdichado de mí!; pero el sentimiento de humanidad me libró de tu bárbaro dominio: ya estoy libre, y sabré morir con mi conciencia en paz.

VALERIO. ¡Hipócrita!

BONALD. (Que viene del fondo.) La señora doña Saturna, que consagra su vida al socorro de los desgraciados, os trae víveres y desea entrar á veros.

VALERIO. ¡Qué honor tan grande!

ESCENA II

DICHOS; DOÑA SATURNA, por la derecha, y BONALD.

SATURNA. Es inícuo que por que sean criminales se les tenga tanto tiempo sin comer.

VALERIO. (Saludándola.) Señora...

BONALD. Voy á disponer que se les sirva... (Vase el Oficial.)

SATURNA. Señor de San Valerio, me trae un deber de humanidad, y además un asunto de interés propio...

VALERIO. La señora se compadece de este desgraciado.

SATURNA. ¡Oh, no puedo menos de suponer que en esto hay una grave equivocación! Cuando usted se defienda ante el Consejo de las notas de traidor y falsario...

VALERIO. ¡Oh! Sin duda oirá usted buenas cosas, que podrá comunicar á Francia...

SATURNA. Pero ante todo, señor mío, no habrá usted olvidado que anoche le confié mi ridículo, en el cual había varias cartas...

VALERIO. ¡Ah; sí, señora; mil perdones! Llamáronme repentinamente para un asunto del servicio... En mi alojamiento dejé el ridículo que pensaba devolver á usted. Las cartas aquí están. (Metiéndose la mano en el pecho, saca las cartas y se las muestra.) Como son políticas, mi calidad de conspirador me autorizaba para leerlas. Tenía derecho á ello. El sagrado interés de la causa que defiendo me eximía de todo escrúpulo de delicadeza.

SATURNA. ¿Y cómo sabía usted que eran políticas antes de leerlas?

VALERIO. Por el olor, señora. Los conspiradores tenemos un olfato finísimo para estas cosas... En una de ellas la duquesa de Montmorency dice á usted que S. M. Luis XVIII retirará su protección á la causa del Rey absoluto si continúan ustedes en su sistema de terror y de sangrientas represalias... Con que aplique usted el cuento.

SATURNA. Recomienda la política de clemencia, pero no la impunidad de esta clase de delitos.

VALERIO. ¡Ah, señora! en política no hay más delincuentes que los vencidos ó los que no saben vencer.

SATURNA. (Guardando sus cartas.) Sea como quiera, si Dios dispone que usted no se salve, procure morir santamente.

VALERIO. Moriré maldiciendo el despotismo.

SATURNA. (Volviéndose.) ¡Ah!... y el pobre Berenguer, ¿está muy abatido?

VALERIO. (Indicando locura.) Está...

BERENG. No, señora; tranquilo estoy. Moriré creyendo que sólo Dios castiga, y que es locura combatir una tiranía con otra.

VALERIO. ¿Lo ve usted?

SATURNA. Vaya. Tomen algún alimento, que estarán desfallecidos.

VALERIO. Con su permiso. (Vase por el foro con Fabricio y Bonaire.)

BERENG. Si el comer es un trámite, comamos y abreviemos. (Dirígese al fondo.)

SOLDADO. (Que está de guardia en la puerta de la derecha.) El señor General.

SATURNA. Al fin puedo verle. Gracias á Dios.

ESCENA III

DOÑA SATURNA, DON JUAN y CASTELL

JUAN. (Muy agitado.) ¿Usted aquí?

SATURNA. Tus padres te buscaban por toda la ciudad. Parece que vienes huyendo de ellos.

JUAN. Sí; huyo de ellos, huyo de la piedad, y me escondo allí donde no pueda oir sus clamores.

(Suenan tiros lejanos.)

SATURNA. Pero en cambio, oirás el tiroteo de las tropas de Mina. Cerca están ya.

JUAN. No importa...

SATURNA. Importa, sí, reflexionar en los peligros de la grave situación que se prepara.

JUAN. (Sin hacerle caso, dirigiéndose á Castell.) En cuanto coman, que se les conduzca á la sala del Consejo.

(Vase Castell por el foro.)

SATURNA. ¿Se reúne pronto?

JUAN. En seguida. Y luego serán conducidos al castillo, donde se cumplirá la sentencia... Tía, retírese usted.

SATURNA. No sin decirte que hoy sería gran torpeza extremar el rigor.

JUAN. (Impaciente y nervioso.) Déjeme usted... Obedezco tan sólo á mi conciencia. Sólo escucho la voz de mi deber.

ESCENA IV

DICHOS; EL MARQUES DE TREMP y DOÑA MONSA, por la derecha. Después, CASTELL.

MARQ. (Desde la puerta.) Calma, hijo, calma.

MONSA. Al fin te encontramos.

JUAN. (Airado.) La piedad me acosa.

MONSA. Para impedir que te ciegue la ira...

MARQ. Y á la piedad se une mi autoridad de padre y de Regente.

SATURNA. ¿La negarás?

JUAN. ¿Cómo he de negarla? (Resignándose.) En suma, ¿qué manda usted?

MARQ. Que se suspenda el Consejo de guerra.

JUAN. Las dilaciones son la hipocresía de la debilidad.

SATURNA. Y á veces la garantía del juicio sereno.

MONSA. Oye las razones de tu padre en un asunto más que militar, político, de Estado.

MARQ. Las circunstancias, hijo, se imponen. Nuestras relaciones con las potencias nos obligan á proceder con pulso en la aplicación de castigos.

MONSA. Imposible dar muerte á tantos hombres.

MARQ. Luis XVIII y su Gobierno paternal nos recomiendan gran parsimonia en el empleo de procedimientos de rigor.

JUAN. Concluyamos: ¿qué pretende la piedad? ¿qué dispone la Regencia?

MARQ. Que se imponga castigo; pero con moderación.

JUAN. En política como en guerra, la moderación es cobardía, y la cobardía es la muerte.

MARQ. Seamos severos, sin dejar de ser humanos. Por tanto, será pasado por las armas el que resulte más criminal entre los conjurados.

JUAN. ¡Uno sólo!

MARQ. El peor, la verdadera cabeza del complot.

JUAN. Y el más perverso, ¿cuál es? Todos lo son en igual grado.

MARQ. (Con misterio.) Pero hay otro asunto, en el cual nosotros, la familia, debemos proceder con tiento antes de llevar á esos hombres ante el Consejo.

MONSA. Susana...

JUAN. Sí... Esto me vuelve loco.

MARQ. No negarás que nuestra sobrina aparece en lamentable conexión con los delincuentes. A unos acusó; defiende á otros... ¿Qué significa esto?... ¿Tendrá fundamento el rumor de que Susana...?

JUAN. (Airado.) ¡Horrible, horrible!...

MARQ. ¿Tú crees...?

JUAN. Creo en su liviandad, como creo en el infierno.

SATURNA. No; no está probado que nuestra sobrina ame á Berenguer.

MONSA. Sí, sí... Ella lo declara.

MARQ. ¡Lo declara!... ¡Oh, me temo que los criminales, en sus manifestaciones ante el Consejo, arrojen la ignominia sobre nuestro nombre!

JUAN. ¡Nuestro nombre, nuestra honra, fuego de Dios, en lenguas de bandidos!... ¿Y ella?... ¡No; no hay término bastante duro para increparla!... Su nombre mismo me quema los labios.

MONSA. ¡Infeliz mujer!

MARQ. El caso es grave, gravísimo, de cualquier modo que lo miréis.

JUAN. Ciertamente... Y respecto á los conjurados, usted piensa que...

MARQ. Que debemos interrogarles privadamente, antes de enviarles al Consejo; y así, al paso que descifrámos el misterio de las conexiones de Susana con esos hombres, sabremos cuál de ellos es el más criminal, el que debe perecer, indispensable tributo á la justicia.

CASTELL. (Por el foro.) Mi General...

MARQ. Manda que los traigan aquí, y les interrogaremos á puerta cerrada y sin testigos. (Don Juan habla con Castell retirándose al foro.)

MARQ. (En el proscenio con las señoras.) ¿Y Susana?

SATURNA. ¿La interrogaréis también?

MARQ. (Vacilando.) No sé...

JUAN. (Después de dar órdenes á Castell, volviendo al proscenio.) De ningún modo.

MARQ. ¿Y por qué no? Es muy sincera, y su testimonio puede darnos luz...

MONSA. Mi opinión es que no venga.

SATURNA. Opino lo contrario: que venga y que hable.

MARQ. Sí, sí... Id á buscarla, traedla en seguida, y entre tanto nosotros aquí procuraremos sondear esas conciencias tenebrosas.

MONSA. Vamos. (Vanse las señoras.)

ESCENA V

EL MARQUÉS DE TREMP, DON JUAN, BERENGUER, SAN VALERIO, FABRICIO y BONAIRE. Oficiales y Soldados que los custodian. Un Soldado coloca á la izquierda un sillón, donde se sienta el Marqués A su lado don Juan, en pie.

MARQ. Retírese la guardia. (Retíranse los Soldados, quedando uno en cada puerta de centinela.)

JUAN. ¿Interrogamos primero á Berenguer?

MARQ. No... Antes á éste. (Por San Valerio.) A ver... Valeriano de San Martí, no negará usted su verdadero nombre.

VALERIO. No, señor; no lo niego.

MARQ. Maestro de armas, célebre profesor de esgrima en Barcelona.

VALERIO. En Barcelona, como en Madrid, la fama es conmigo más lisonjera de lo que merezco.

MARQ. Y tú, Bonaire, ¿conocías á estos hombres antes de venir aquí?

BONAIRE. ¿Yo? (Dudando.) ¿Que si los conocía? Sí, señor, y no señor... Solían ir á mi tienda... A entrambos les oí celebrar por su destreza... digo... pues...

JUAN. Siga usted. Este maneja con destreza la espada... esotro la pluma.

BONAIRE. No sé... Lo que digo es que...

MARQ. Basta... (A Fabricio.) Obra de usted son los documentos y cartas que nos presentaron...

FABRIC. No sé... no sé nada. Sirvo mi causa, defiendo una idea. ¿Con qué armas, con qué medios? Todos son legítimos cuando conducen a un legítimo fin. No digo más.

MARQ. Bien. (A San Valerio.) ¿Y usted confiesa también su culpabilidad en esta indigna conjuración?

VALERIO. (Con entereza.) Sí, señor. Detesto el absolutismo. He consagrado mi vida á las ideas de libertad y emancipación del pueblo. Tal como son mis enemigos, fanáticos y crueles, así soy yo, por ley de guerra. Desconozco la piedad; vivo para exterminar á mis contrarios y limpiar la tierra de toda tiranía. El partido de Vuestra Alteza es el mal; yo, nosotros también. Contra el despotismo todo es lícito, crueldad, alevosía, engaño. Desprecio la vida. Si no puedo alcanzar la gloria, venga pronto el martirio.

MARQ. ¿Y usted indujo á Berenguer á venir aquí, ó fué él quien á usted le indujo.

VALERIO. Él á mí.

BERENG. (Con entereza fría.) No es verdad.

VALERIO. Pero no negará que tenía agravios particulares que vengar. Su padre...

MARQ. Sí... ya sé... Diga usted, Berenguer. ¿Es cierto que un plan de venganza personal le movió á usted á venir aquí, disfrazando alevosamente las intenciones, la idea política y el nombre?

BERENG. Sí, señor; no puedo negarlo.

VALERIO. Señor, permítame Su Alteza que hable...

MARQ. Hable usted.

VALERIO. Juzgue Vuestra Alteza de la diferencia entre mis odios y los de Berenguer. Yo soy el enemigo político que trabajo por que mi causa

destruya y aniquile la vuestra. Combato con vosotros á sangre y fuego. Pero éste ha venido á satisfacer una venganza personal, y no pudiendo ó no sabiendo herir á esta ilustre familia cuerpo á cuerpo, ha querido herirla en lo que vale más que la vida, la honra.

JUAN. (Furioso.) Calla... No nombréis la honra, ó á entrambos os mando cortar la lengua.

BERENG. Señor, ese hombre no dice la verdad.

VALERIO. La verdad digo.

BERENG. Compare Vuestra Alteza su ira con mi resignación, y comprenderá quién esconde la conciencia y quién la descubre.

MARQ. (A Berenguer.) Para que sepamos si es ó no cierta la grave acusación de su cómplice, explíquenos usted los misterios que envuelven su conducta. ¿Por qué si vino usted á coadyuvar á un plan político se revolvió contra éstos y les amenazaba de muerte en el momento de ser sorprendidos?

BERENG. Porque Dios quiso que á poco de entrar aquí yo amase la verdad y abominase la ficción y el pacto infame que á ellos me ligaba. Nuestra amistad se convirtió en discordia, y la venganza dejó de ser la pasión dominante en mi espíritu...

VALERIO. (Vivamente.) Permítame Su Alteza... Era que su natural hipócrita le inducía á haceros la guerra, no como nosotros, con la guerra, sino con las traidoras armas del amor, de un amor fingido, aleve...

BERENG. Voy á morir, y las injurias del que fué mi compañero no me harán perder la serenidad.

MARQ. (A Berenguer.) ¿Niega usted que ha intentado he-

rirnos en nuestra honra fingiéndose enamorado de una persona de nuestra familia?

BERENG. Lo niego; sí, señor; amé y amo á Susana con amor verdadero. Susana ha sido el ángel que despertó en mi alma los sentimientos humanitarios y de perdón. Le debo nueva vida, lo que no podéis quitarme, la grande, la eterna.

MARQ. Pero no se atreverá á decir que mi sobrina le ama.

BERENG. Me atrevo á decirlo.

MARQ. ¡Amar al enemigo de su familia, al que vino aquí con el propósito de exterminarnos!

BERENG. Sí, señor. Ante Dios y por Dios juro que la hija del Barón de Celis me ama.

JUAN. ¡Qué absurda farsa!

BERENG. Lo que llamamos absurdo suele ser la única razón de nuestra existencia.

MARQ. ¿Y daba usted al olvido las ofensas de antaño?

BERENG. No, señor; odio la tiranía, y á todos los que á nombre de una idea cometen crímenes.

MARQ. Entonces, desdichado, se aborrecerá usted á sí mismo y á sus compañeros.

BERENG. Les detesto también, porque son tan tiranos como los de vuestro bando. Entre unos y otros asolarán la tierra y la llenarán de sangre y ruinas.

MARQ. Ya... cree usted que nuestro bando realista es una fiera, y el bando contrario otra.

BERENG. Creo que es una sola fiera, señor; una sola con dos cabezas. La idea exaltada y el orgullo despótico la engendraron.

MARQ. (Burlándose.) Será horrible.

BERENG. Es hermosa, arrogante, y sus rugidos enardecen á los hombres y les arrastran á un heroismo brutal. En su piel están pintorreadas

todas las ideas. Cada cual ve en ellas lo que le acomoda.

MONSA. Y morderá...

BERENG. Con una de sus feroces bocas muerden los que me escuchan; con la otra... muerdo yo.

MARQ. (A don Juan.) ¿No te parece que este hombre está loco?

JUAN. O lo finge para eludir el castigo.

BERENG. Yo no rehuyo el castigo que me corresponde por la ley de esa terrible bestia de la discordia. La vida me abruma. Hay en ella un nudo que no puedo desatar. Forzoso es que lo corte. Quiero la muerte. Matadme. La imagen de la única persona humana que me ha enseñado á perdonar me infunde valor y piedad. Perdono á todos, y les agradeceré que abrevien mi suplicio.

MARQ. No está en su juicio, no.

JUAN. (Rabioso.) Yo aseguro que cuanto ha dicho este hombre es fingimiento; obra de un ingenio solapado; y el amor de Susana no es más que una grosera invención para conseguir la impunidad.

VALERIO. Yo también lo afirmo.

FABRIO. Y yo...

MARQ. Silencio.

BERENG. (Con calma.) Digan lo que quieran. Palabras y juicios humanos nada me importan ya.

MARQ. Vuestras discordias os delatan. Sois reos de traición infame.

JUAN. Conspiraban contra nosotros, de acuerdo con el enemigo. Ese tunante (Por Bonaire.) llevaba los mensajes.

BONAIRE. Señores serenísimos, yo...

MARQ. Has abusado infamemente de nuestra confian-

za, y eres más criminal que ellos, por lo cual recaerá sobre ti el castigo que todos merecen.

BONAIRE. Bueno, señor... Está muy bien. (Esforzándose en aparecer sereno y jovial.) ✪ Yo acepto el castigo... y muy contento... y muy agradecido... porque... ya lo saben... Deseo la muerte, y más ahora que he sabido una cosa atroz, monstruosa y que me pone los pelos de punta.

MARQ. ¿Qué?

BONAIRE. Que mi mujer y mis dos suegras quieren arrojarse á los pies de la Regencia... pidiéndoles mi vida... ¡No, no, y mil veces no! ¡Que me fusilen!... Yo pido á la serenísima Regencia que les dé mi cadáver.

MARQ. Se les dará. (Aparte á don Juan.) Creo que fusilando á este pillete cumplimos.

BONAIRE. ✪ Ya me tengo por muerto, y con la poquita vida que me resta, pido á Vuestras Altezas que perdonen á todos... menos á mí, se entiende. Si son traidores San Valerio y Fabricio, sean castigados con la vida... ¡tremendo castigo! Y por la misma culpa de traición, condenen también á Berenguer y á doña Susanita... Sí, sí; condenados á vida, y para mayor escarmiento, condenados á matrimonio.

JUAN. ¡Calla, imbécil!

MARQ. Mi sobrina no es culpable.

BONAIRE. Ella lo dijo.

FABRIC. Y dijo la verdad.

JUAN. ¿Qué, qué es eso? (Aparece Susana en la puerta de la derecha, seguida de doña Monsa y doña Saturna.)

FABRIC. (Señalándoles.) La hermosa damisela, sobrina del señor Marqués, había concertado con Beren-

guer entregarle los papeles del Rey que están en el archivo de la Regencia.

MARQ. (Aterrado.) ¿Será posible?

JUAN. ¡Qué infamia! (Avanza Snsana y las dos señoras.)

ESCENA VI

DICHOS; SUSANA, DOÑA MONSA y DOÑA SATURNA

SUSANA. (Adelantándose.) No creáis esa fábula indigna. Mi delito, como el de Berenguer, es la piedad, el perdón de las ofensas, el sacrificio de todos los horrores del pasado á la verdad presente. Iguales en la culpa, igualadnos también en el castigo. Vengo á deciros que si Berenguer muere, moriré con él.

JUAN. (Cogiéndola por un brazo y queriendo llevársela.) Esto no puede ser... Ven.

MONSA. ¡Hija, por Dios!...

SUSANA. (Con gran firmeza.) No; no me doblegaréis. Soy inflexible, soy indomable. Ante vosotros lo he dicho; ante Dios lo he jurado. Su suerte es la mía. Perdonadle, ó moriremos juntos.

SATURNA. El delito es grande.

SUSANA. Todos sois lo mismo, jueces y víctimas. En la conciencia de esos, como en la vuestra, existen las mismas negruras; en la conducta las mismas atrocidades. Sois un solo monstruo, aunque parezcan muchos.

MARQ. Déjanos, y aquí decidiremos...

SUSANA. No; no me voy.

BERENG. Vida mía, obedece á tu familia, y deja que Dios decida de mi suerte.

MARQ. (Cariñosamente.) Niña querida, reconozco tu gran-

deza de alma. (Tomándola una mano, la lleva aparte.) Ven, óyeme un momento. Confía en mí.

SUSANA. Prométame...

MARQ. Berenguer no morirá...

SUSANA. (Con alegre efusión.) Tío del alma, júremelo usted.

MARQ. Basta que lo afirme. (Alto.) Que se retiren los presos. Tenemos que deliberar. (Salen los guardias, y á una señal de don Juan les conducen por el foro.)

JUAN. (Dando prisa.) Vamos...

VALERIO. (Aparte á Berenguer, con rencor.) Infame, te salva el amor, la estupidez sentimental.

BERENG. (A San Valerio.) Rencoroso, ni ante la muerte perdonas.

VALERIO. ¡A ti, nunca! (Con saña.) Morirás conmigo.

BERENG. Cúmplase el destino.

FABRIC. (Aparte á Bonaire.) El tunante se salvará por el amor.

BONAIRE. (Aparte á Fabricio.) Cállate... Nosotros también. (Se llevan los presos por el foro.)

ESCENA VII

SUSANA, EL MARQUÉS DE TREMP, DON JUAN, DOÑA MONSA y DOÑA SATURNA; después, BONALD y CASTELL

SUSANA. No morirá.

MONSA. No, hija mía... Si le amas...

SATURNA. Imposible.

SUSANA. Pero no me basta la palabra de mi querido tío.

MARQ. ¿Cómo?

SUSANA. Quiero más garantías. (A don Juan.) Necesito también la palabra del jefe militar de la plaza.

JUAN. Yo te la doy.

SUSANA. ¿De veras? Júramelo.

JUAN. Por la cruz de mi espada juro que Berenguer no irá al Consejo de guerra.

MONSA. ¿Ves qué generoso y magnánimo?

JUAN. No dirán que no soy benigno.

MARQ. Pero alguno ha de sufrir el castigo...

SUSANA. Ninguno. Perdonadles á todos, para que os perdone Dios... (Suenan tiros lejanos.) ¿Oís?

MARQ. ¿Qué es eso?

MONSA. ¡Santo Dios!

SUSANA. El enemigo está cerca. Vuestras represalias son tardías. Ni aun tendréis tiempo de ser inhumanos, ni de regatear la piedad, porque la necesitáis toda para vosotros mismos, para poneros en salvo, para huir...

JUAN. ¡Huir, nunca!

BONALD. (Presuroso y anhelante por el foro.) Señor Regente, mi General...

TODOS. ¿Qué? (Oyense tiros lejanos.)

BONALD. La gente de Misas no ha podido resistir al número, y los liberales están ya en la vega de Urgell y avanzan sobre la plaza.

MARQ. (Con resignación.) ¡Dios lo quiere! (Las dos damas hacen aspavientos de terror.)

JUAN. Mejor. ¡Húndase el mundo... perezca la causa... vivan los traidores!

MARQ. Vámonos. ¡La Regencia decidirá!...

BONALD. Señor, los otros dos Regentes se disponen á salir para Francia.

SATURNA. Nosotros también. (A Susana.) Ven.

SUSANA. Yo no. (El Marqués de Tremp y doña Saturna tratan de llevarse á Susana, que se resiste á salir. Entra Castell por el foro.)

JUAN. (Hablando aparte con Castell y Bonald.) Ya sabéis...

CASTELL. ¿Les soltamos á todos?

JUAN. A todos. Y á San Valerio y á Berenguer les

mandáis venir aquí. (Vase Bonald por el foro. Castell, después de recibir órdenes de don Juan, vase por la izquierda.)

SUSANA. (Resistiéndose con tenacidad.) Digo que no me voy.

MARQ. Pues yo sí... No hay tiempo que perder.

SATURNA. A casa... Salvaremos lo que se pueda, y partiremos inmediatamente. Vamos.

JUAN. (A doña Monsa, que quiere llevársele.) Yo no; yo no me muevo de aquí.

MONSA. Pues yo contigo.

JUAN. Déjame ahora... Cuando todos huyan, aquí me encontrarás, en mi puesto.

MARQ. (Cogiendo á su mujer de la mano.) Ven... pronto. (Vanse el Marqués de Tremp, doña Saturna y doña Monsa.)

ESCENA VIII

DON JUAN, SUSANA y CASTELL

JUAN. ¿Y tú?

SUSANA. Ya ves. Aquí me quedo, como tú, en mi puesto.

JUAN. Todos huyen.

SUSANA. Menos yo.

JUAN. ¿Qué esperas?

SUSANA. Espero una vida que has jurado entregarme, y que necesito recoger de tus manos.

JUAN. Te juré que Berenguer no iría al Consejo de guerra.

SUSANA. Pero eso no me basta. (Recelosa.) Necesito esa vida, y me la vas á dar.

JUAN. Sal pronto de aquí.

SUSANA. No quiero... (Castell sale por la izquierda con dos espadas, que entrega á don Juan. Inmediatamente se retira.) ¿Qué haces?... ¿Cuál es tu infernal idea?...

¡Oh, un duelo!... Asesinato más bien... Dame las espadas... (Suplicante.) Primo mío, por Dios, por su santa madre, por la tuya, te ruego que...

JUAN. (Imperioso.) Vete.

SUSANA. No... no harás lo que pretendes, infame. (Agarrándole las manos.) Yo lo impediré.

JUAN. ¿Cómo?

SUSANA. ¡Oh, infeliz de mí!... ¿No hay quien me socorra?... Gritaré... Llamaré á tu madre, que no consentirá tal iniquidad... ¡Favor, socorro! ¡Quieren matarse!... (Sale presurosa por la derecha.) ¡La guardia! ¡Favor! ¡Aquí!

ESCENA ÚLTIMA

BERENGUER, DON JUAN y SAN VALERIO; después, SUSANA

BERENG. General, á sus órdenes. (En expectación.)

JUAN. (Dándole una espada.) Toma.

BERENG. Y ahora...

VALERIO. (Presuroso por el foro.) ¿Dónde estás, traidor, infame?

BERENG. Aquí.

JUAN. (A Valerio, dándole la otra espada.) Toma. Los traidores resuelvan por sí, en juicio de Dios, cuál debe morir.

VALERIO. (A Berenguer con saña.) ¡Ya no te escapas, miserable!

BERENG. ¡Monstruo, no te temo!

SUSANA. (Dentro.) ¡Favor, socorro!

JUAN. (Sintiendo ruido por el foro, les indica que entren en la habitación de la izquierda.) ¡Aquí! ¡Batíos aquí! (Entran ellos; don Juan cierra, y permanece como guardando la puer-

ta. Atiende al ruido del duelo. Pausa. Momento de ansiedad. Sale Berenguer blandiendo la espada.) ¿Y San Valerio?

BERENG. ¡Muerto!... ¡Ahora tú!

JUAN. (Desenvainando.) ¡Entrégame tu vida, miserable

BERENG. La tuya quiero. (Se baten. Pausa.)

JUAN. (Herido.) ¡Ah!... Perro jacobino. (Se desploma. Muere.)

SUSANA. (Despavorida, por la derecha.) ¡Ah! ¡Vives! (Abraza á Berenguer.)

BERENG. (Delirante, mirando á uno y otro cadáver.) Sí; he matado á la fiera. ¡Muertos los dos!

SUSANA. Huyamos á regiones de paz.

BERENG. (Con desvarío.) Huyamos, sí; que éstos... éstos resucitan...

FIN DEL DRAMA

LS
P4387fi
243221
Author Pérez Galdós, Benito
Title La fiera. Ed.3.

University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET

Acme Library Card Pocket
Under Pat. "Ref. Index File"
Made by LIBRARY BUREAU